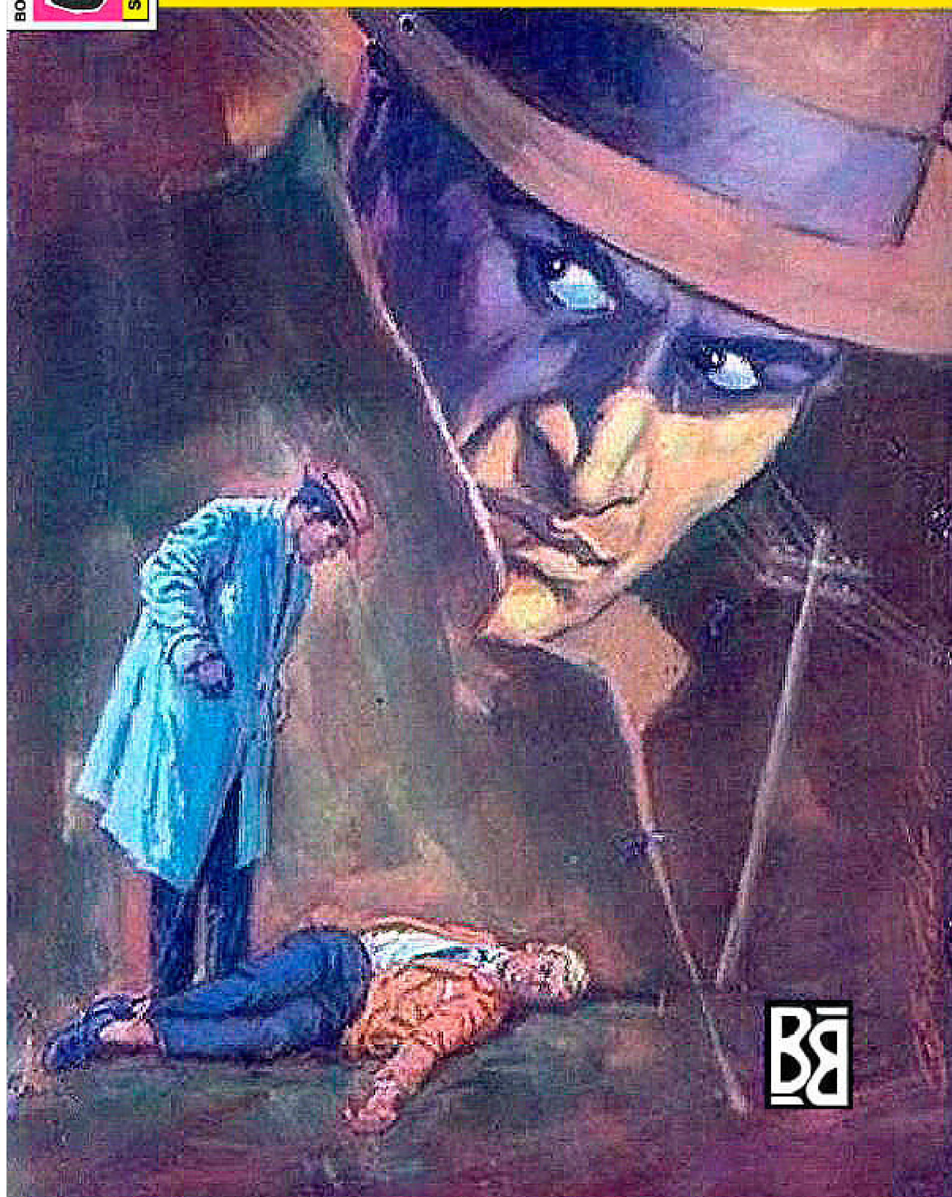
LA MUERTE LLEGA A LAS BAHAMAS

burton hare

SS
BOLSILIBROS BRUGUERA
SERVICIO SECRETO



Era una muchacha alta, de piernas morenas y bien torneadas. Andaba como un maniquí en la pasarela y lucía un traje chaqueta azul tan bien amoldado a su cuerpo que debía haber sido diseñado por un maestro de la tijera. Tenía un rostro del que cualquier mujer se sentiría más que satisfecha, con grandes y expresivos ojos y una boca capaz de todas las diabluras que uno pudiera imaginar. Mientras se acercaba al bar, las distintas partes de su anatomía se movían con el ritmo de un bien aprendido *ballet*; y, desde luego, tenía materia de sobra para el movimiento.

Se encaramó al taburete que quedaba a mi lado porque era el único que estaba libre en el extremo de la barra. Pidió algo al mozo, pero debido al rugido de un avión que despegaba no oí lo que dijo.

Otro avión estaba dando vueltas sobre el aeropuerto espesando pista para aterrizar. Otros, en las pistas, aguardaban el permiso de salida atronando el aire con el rugido de sus motores. Parecía como si todos los aviones del país se hubieran dado cita en el Aeropuerto Internacional de Miami.



Burton Hare

La muerte llega a Las Bahamas

Bolsilibros - Servicio Secreto - 783

ePub r1.0

LDS 15.11.17

Título original: *La muerte llega a Las Bahamas*
Burton Hare, 1965
Cubierta: Antonio Bernal
Ilustración interior: Costa
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2





BURTON HARE

LA MUERTE LLEGA A LAS BAHAMAS

Col. SERVICIO SECRETO n.º 783
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA
MEXICO
RIO DE JANEIRO

CAPÍTULO PRIMERO

Era una muchacha alta, de piernas morenas y bien torneadas. Andaba como un maniquí en la pasarela y lucía un traje chaqueta azul tan bien amoldado a su cuerpo que debía haber sido diseñado por un maestro de la tijera. Tenía un rostro del que cualquier mujer se sentiría más que satisfecha, con grandes y expresivos ojos y una boca capaz de todas las diabluras que uno pudiera imaginar. Mientras se acercaba al bar, las distintas partes de su anatomía se movían con el ritmo de un bien aprendido *ballet*; y, desde luego, tenía materia de sobra para el movimiento.

Se encaramó al taburete que quedaba a mi lado porque era el único que estaba libre en el extremo de la barra. Pidió algo al mozo, pero debido al rugido de un avión que despegaba no oí lo que dijo.

Otro avión estaba dando vueltas sobre el aeropuerto espesando pista para aterrizar. Otros, en las pistas, aguardaban el permiso de salida atronando el aire con el rugido de sus motores. Parecía como si todos los aviones del país se hubieran dado cita en el Aeropuerto Internacional de Miami.

La hermosa muchacha sacó un cigarrillo y registró su bolso. No pareció encontrar lo que buscaba y me miró, interrogante.

Saqué el encendedor y se lo ofrecí. Cuando hubo encendido murmuró:

—Gracias. ¿También usted emprende viaje esta noche?

—Sí.

—Yo voy a… a Puerto Rico.

—Entonces es un viaje más largo que el mío. Yo me quedaré en las Bahamas.

—¿De vacaciones?

—No exactamente.

Pensé que no podía llamarse vacaciones al motivo de mi viaje. En realidad, tal vez se convirtiera en el más arduo trabajo de cuantos llevaba realizados. Sin embargo, no había ningún motivo para que le contara todo eso a la bella desconocida.

Tras un silencio, y cuando el ensordecedor rugido de un reactor de viajeros se perdió en la distancia, ella dijo:

—Mi nombre es Myrna; Myrna Ryan.

Repentinamente, clavó sus ojos en mi cara como si esperase que yo diera un salto mortal al oír su nombre. A mí no me recordó a nadie conocido.

—El mío, Frank Beeler. Es una lástima que no tengamos más tiempo para conocernos mejor… Mi avión sale dentro de quince minutos.

—¿De veras lo lamenta?

—Si se ha mirado en un espejo recientemente sabrá usted por qué.

Sonrió y se abstuvo de responder, dedicándose a apurar la bebida que le habían servido. Arrojó el cigarrillo a medio consumir y llamó al mozo con un ademán nervioso. Pero fui yo quien le encargó los licores, cosa que me valió otra sonrisa de mi hermosa viajera.

No obstante, a medida que se acercaba el momento de separarnos ella parecía más nerviosa y asustada. Me chocó y le dije:

—¿Tiene miedo del avión?

—¿Qué? Oh, sí; realmente es eso lo que me sucede. Cada vez que emprendo un viaje en avión paso muy malos ratos…

El mozo trajo las bebidas. Ella tomó una antes siquiera que acabaran de servirla. Cuando se la llevaba a los labios advirtió que era un *whisky* puro y volvió a dejarlo precipitadamente.

—Perdóneme, es su *whisky*… —murmuró, confusa.

Le dije que no tenía importancia. La contemplé mientras saboreaba la suya, una mezcla suave de color esmeralda, y encendí un cigarrillo, dándome cuenta que tendría que separarme de ella si no quería perder el avión. Los altavoces anunciaban la salida del vuelo directo a la ciudad de Méjico. El próximo era el mío.

Pagué las consumiciones y levanté mi vaso.

—Por qué tenga un viaje feliz, Myrna.

—Lo mismo le deseo —susurró con voz apenas audible.

Apuré el *whisky*. Ella me ofreció su mano y al estrecharla pude acariciar una piel cálida y fina como la seda. Sólo dije:

—Si alguna vez va usted a Los Ángeles acuérdese de mí. Encontrará mis señas en la guía de teléfonos.

—No lo olvidaré…, buen viaje, míster Beeler.

—Igualmente, Myrna…

Nos separamos. Anduve hacia el gran vestíbulo encristalado en el que los futuros viajeros se arremolinaban siguiendo las indicaciones del altavoz.

Y de repente noté una sensación de frío espantoso, como si acabara de entrar en una cámara congeladora. Un sudor tan helado como esa sensación inundó mi frente y las rodillas se negaron a sostenerme por más tiempo.

Aturdido, sintiendo que todo daba vueltas a mi alrededor, traté de apoyarme en el respaldo de un diván, pero éste pareció huir de mí y caí hacia delante. Inconscientemente me preparé para soportar el batacazo, pero en aquel instante unos brazos surgieron de alguna parte y me cazaron al vuelo. Una voz rotunda exclamó:

—¿Qué le pasa a usted, hombre, ha bebido demasiado?

Traté de hablar, pero todo estaba volviéndose oscuro a mi alrededor. Me pareció que mi lengua crecía, hinchándose hasta ocupar toda la cavidad bucal. No pude articular palabra.

Aquella voz gruñó, como si viniera de muy lejos.

—Creo que un poco de aire le sentará bien… No se molesten, puedo manejarlo solo…

Por aquí compañero, eso no es nada…

La voz fue alejándose. Mi último pensamiento fue para el avión que iba a partir sin mí… tras de lo cual la oscuridad me envolvió y ya no me preocupé por nada en absoluto.

En estas condiciones podía haber permanecido mil años y no me hubiera importado. Lo malo fue cuando la oscuridad comenzó a desvanecerse y mis entrañas iniciaron una zarabanda endiablada, como si quisieran salirme por la boca todas a la vez.

Pero eso fue después. Lo primero que sucedió cuando mi cerebro inició el ascenso del profundo poza en que estaba metido, fue un violento oscilar de un lado a otro. Ese movimiento puso cuchillos al rojo en mi nuca y eso desperezó al cerebro, impulsándolo a acabar con semejante tormento.

Entonces, una voz remota gritó:

—¡Eh, despierte, maldito borracho!

Despertar. Eso estaba bien, siempre que uno pudiera conseguirlo. Yo no pude y el fulano siguió zarandeándome como a un pelele. Algo semejante a descargas eléctricas estaba cruzándose dentro de mi pobre cráneo.

La lejana voz exclamó:

—Se necesita cara dura para echarse a dormir en mi coche… Ayúdeme a sacarlo de aquí, guardia. No puedo perder toda la noche…

Guardia… Eso me despejó mucho más rápidamente que el zarandeo.

Hice un esfuerzo espantoso para aclarar mi mente y todo lo que conseguí fue recordar que yo debía estar en Gran Bahama, y que allí alguien tenía que ponerse en contacto conmigo, y luego…

Alguien me levantó. El peso que gravitaba sobre mi cabeza dejó de presionarme y me encontré sentado. Entonces pude abrir los ojos y miré a mi alrededor como un estúpido.

Estaba sentado en el asiento trasero de un gran coche. Comprendí que hasta entonces debía haber permanecido tendido sobre la alfombra. Por la portezuela abierta, un agente de uniforme, con su gorra echada sobre la nuca, me contemplaba con muy mala cara. Detrás suyo, una pareja en traje de noche expresaban en voz alta lo que opinaban de los «asquerosos» borrachos, aparte de fulminarme con la mirada, claro.

El guardia ordenó:

—Vamos, abajo, compañero. No se le ocurra ensuciar la tapicería ahora…

Me sacó de un tirón. Tuve que apoyarme en la carrocería para no desplomarme como un fardo. No notaba las piernas por ningún lado.

—No le aplasto la nariz porque me da usted asco, pero si vuelvo a encontrarlo cuando le haya pasado la borrachera lo haré. Y ahora, largo de aquí.

El guardia le agarró del brazo, como para impedirle hacer lo que decía. Tras una vacilación abrió la portezuela delantera y dejó que subiera la chica. Cerró la portezuela, dio las gracias al policía y él rodeó la enorme carrocería para ir a colocarse ante el volante.

El agente tiró de mí, apartándome del reluciente acorazado, y me dejó apoyado en el auto aparcado al lado.

—Y ahora, veamos quién es usted, amigo. No nos gustan los borrachos que rompen la cerradura de un coche para echar una siestecita.

—Un momento… Si no me equivoco estamos en Miami, ¿eh, guardia?

—¡Claro que estamos en Miami! Buena la ha agarrado usted…

—No estoy borracho…, ahora recuerdo que…

—Naturalmente que no, sólo que no sabía el camino de su hotel y ha optado por violentar la cerradura de un «Caddy» para tumbarse en él. ¡Qué tipo!

—Espere…

Poco a poco lo recordé todo. La hermosa muchacha, el bar del aeropuerto y el *whisky* que ella había estado a punto de beber… Debió ser entonces cuando deslizó un soporífero en el licor.

Todo eso lo comprendí en el espacio de unos minutos, mientras mi cerebro recobraba su lucidez. Pero me costó mucho más tiempo convencer al policía de que no estaba borracho ni mucho menos.

Al fin, fastidiado, le espeté:

—Pero, vamos a ver, ¿es que ese mequetrefe del coche ha presentado alguna denuncia contra mí?

—No, pero…

—Entonces váyase usted al infierno, compadre, y déjeme en paz. Aunque realmente estuviese borracho no tendría nada contra mí.

—Puedo sacudirle un poco el polvo y explicar luego que usted me ha agredido… Tal vez resulte.

—Lo dudo.

Eché mano al bolsillo y saqué la cartera. El parpadeó al ver los billetes que asomaban por un extremo, pero lo que saqué fue mi credencial y se la restregué por las narices.

—Soy un detective privado de Los Ángeles —le espeté—. Tengo la licencia en regla para trabajar en Florida si se me antoja y algunos contactos en el palacio del Gobernador. Trate de ponerme la mano encima y verá la que le cae. Y ahora —añadí, guardando el documento y enderezándome—, dígame a qué distancia estamos del Aeropuerto Internacional.

Tragó saliva un par de veces. Seguramente pensaba que sería

divertido saltarme un par de dientes, pero no se atrevió a hacerlo y gruñó:

—Queda a unas quince millas de aquí, ni más ni menos. ¿Va a emprender un viaje, *hurón*?

—Debiera haberlo emprendido ya… Han querido asegurarse, malditos bastardos…

—¿De qué está hablando?

—Nada, no lo entendería. Es algo para cerebros desarrollados. ¿Dónde puedo encontrar un taxi?

—Búsquelo.

Giró sobre los talones y se largó. Indudablemente, no habíamos simpatizado.

Probé a sostenerme sin el apoyo de la carrocería. Mis piernas estaban blandas todavía, pero podían aguantarme. Bueno, podían haberme tirado de cabeza al mar en lugar de instalarme en la trasera de un «Cadillac», así que les estuve agradecido a quienesquiera que fueran los de la jugarreta.

Di unos pasos de tanteo, cobré confianza y eso me perdió. Algo saltó en mi estómago y las náuseas me convencieron de que no tenía nada que agradecer a los hijos de perra que me habían trasladado.

Temo que la carrocería de aquel coche no quedó muy presentable después de mi tortura, pero cuando me alejé pude hacerlo sin que mi barriga pegara saltos mortales. A medida que me movía las piernas cobraban confianza, de manera que unos minutos más tarde, después de recorrer lo que se me antojó la mitad de la distancia al aeropuerto, logré capturar un taxi y me hice conducir al campo de aviación a toda velocidad.

Sin embargo, podía haberme ahorrado las prisas. No había otro avión para Gran Bahama hasta la mañana siguiente. El que yo debí haber tomado, según me informó la bonita empleada, estaba llegando a destino en aquellos momentos.

—¿Y mi equipaje? —Gruñí—. Estaba facturado en ese vuelo…

—Su amigo nos indicó que usted se encontraba indispuesto _ de manera que pudo ser retirado del avión en el último minuto, míster Beeler. Está a su disposición, aquí, en nuestras oficinas.

—Así que mi amigo… ¿Como era ese tipo?

—El dijo que era amigo de usted, míster Beeler.

—Bueno, de acuerdo, era mi amigo; tengo docenas de amigos y quiero saber quién era ése. ¿Puede describírmelo?

—Naturalmente… Muy alto y casi tan corpulento como usted, un verdadero atleta. No creo que tenga más de treinta años y lleva el cabello cortado a cepillo. Un cabello color castaño oscuro.

—¿Y su cara?

—O, bueno… al verlo pensé que alguna vez debió ser boxeador. Tiene la nariz aplastada, ¿comprende?

—Ya veo…

—¿Sabe ya de quién se trata?

—¿Qué? Oh, sí, naturalmente. Ése es Johnny —dije con toda la desfachatez del mundo—. El bueno de Johnny haciendo el papel de buen samaritano. Oiga, linda, ¿puede asegurarme pasaje para el primer avión de mañana?

—Sin duda, míster Beeler.

—¿Ocupó alguien mi plaza en el que he perdido? Tengo entendido que conmigo iba completo.

—En efecto; una señorita que esperaba poder salir si algún viajero cancelaba el pasaje.

—¿Esa señorita… se llama Myrna Ryan?

Esbozó una sonrisa y asintió con un gesto. Después indagó:

—Así es; ¿la conoce usted?

—Mucho. Y gracias por todo.

Abandoné el gran edificio pensando furiosamente. La maldita dama me había narcotizado; muy bien. Pero también me había dado su nombre, y a juzgar por lo que acababa de saber era el auténtico, ya que debía haber presentado su pasaporte para emprender el viaje. Y no era a Puerto Rico adonde se dirigía, sino a Gran Bahama, para lo cual había incluso ocupado mi propio asiento en el avión.

Me quedó la esperanza de que tal vez podría volver a tropezarme con ella para ajustarle las cuentas…

Bueno, en realidad eso fue cuanto me quedó aquella maldita noche.

Al día siguiente llegué a Gran Bahama, todavía con una sensación muy desagradable en el estómago que me recordaba continuamente la deuda contraída por la muchacha…

Capítulo II

El taxista a quien recurrí al salir del aeropuerto de la isla se empeñó en llevarme al hotel *King George*, de manera que casi tuve que pelearme a brazo partido con el mulato para que me trasladara a *Kingsland House*, que era el hotel en el que el hombre al que había ido a buscar se pondría en contacto conmigo.

El moreno refunfuñó su descontento, pero maniobró el coche y como remate de la discusión afirmó:

—Está bien, pero el *King George* es mucho mejor…

Condujo a una velocidad espeluznante por la carretera llena de baches. El coche, a pesar de ser un modelo reciente, dejaba oír todo un concierto de crujidos. Imaginé que debía tener la suspensión hecha cisco debido al trato infernal a que estaba sometido.

El chófer silbaba tranquilamente. El sol ardía como un globo de fuego y debido a su intensidad las sombras de los porches o de los árboles parecían negras de tinta. Soplaba un aire cálido y seco que la velocidad del auto convertía en huracanado a través de las ventanillas abiertas.

Apenas si pude distinguir media docena de blancos por las calles. Seguramente estaban cómodamente tendidos en sus casas en espera de que pasara la hora de calor. La mayoría de gentes que transitaban por las aceras eran negros o mulatos, o tal vez fueran lo que llaman *criollos*, mestizos con facciones de rara belleza.

El conserje del hotel era un hombrecillo diminuto que hablaba el inglés con un acento tan espantoso que hubiera hecho estremecer los huesos de míster Shakespeare en su tumba.

—En efecto, míster Beeler; tenemos una habitación reservada para usted —explicó en respuesta a mi pregunta.

—Debía haber llegado ayer —dije—, y cierta persona tenía que

llamarme por teléfono. ¿Sabe si lo hizo?

—Ciertamente. Alguien telefoneó repetidas veces preguntando por usted. Solté un juramento, pero me contuve y añadí:

—*Okey*, si repite la llamada dígale que ya estoy aquí y póngame en comunicación. Es muy importante.

Un botones de color cargó con mi equipaje y me guió a la habitación. Era ésta una estancia espaciosa y fresca, con una pequeña terraza hasta la que trepaban las lujuriantes plantas del jardín. Desde ella se dominaba una vista del puerto y una buena parte del paseo marítimo.

Había un cuarto de baño reluciente y muebles antiguos y sólidos.

Despedí al botones con una propina, me desnudé y me metí en la ducha. Después me enfundé en el pantalón y, dejando el ventanal abierto para que penetrase el aire, me tendí en la cama y fume un par de cigarrillos mientras pensaba en esto y aquello.

No podía sentirme satisfecho de mí mismo. Me había dejado tumbar como un párvulo por una mujer. Me pregunté cómo aquella gentuza, fueran quienes fueren, podían haber descubierto mi identidad y mi participación en aquel negocio.

No saqué nada en limpio. Lo único que estaba claro era que no se trataba de aficionados. El manejo del narcótico, la oportunidad del fulano que me cazó al vuelo cuando caía y me sacó del aeropuerto, llevándome a quince millas de él para dejarme durmiendo dentro de un coche cualquiera… No; indiscutiblemente, no eran aficionados.

Cuando me cansé de la posición horizontal salí a la balaustrada y contemplé el puerto. Me dije que no era gran cosa como tal, pero estaba poblado de incontables embarcaciones de deporte, algunas dignas de los millonarios que elegían las Bahamas como lugar de reposo.

No me atrevía a abandonar el hotel por si el tipo me llamaba. Una vaga inquietud iba apoderándose de mí por aquella pérdida de tiempo. Recapacité que apenas si sabía nada del trabajo que estaba realizando, en parte debido a que la iniciativa debía partir del desconocido que llamase por teléfono. Después de eso, todo se reducía a hacerle la proposición y asunto concluido.

Si es que telefoneaba.

Estaba pensando en eso cuando el teléfono dejó oír su ronca llamada. Salté sobre el aparato como si tuviera algo personal contra él.

Una voz tan ronca como el timbre gruñó:

—¿Es usted Beeler?

—Sí —dije—. Creí que no iba usted a llamarme.

—Estuve haciéndolo anoche. Usted se ha retrasado.

—Bueno, no perdamos tiempo. ¿Dónde nos remos?

—Más despacio. Han surgido dificultades. ¿Qué atribuciones tiene usted?

—¿De qué está hablando? Estoy autorizado a hacerle una oferta, eso es todo.

—¿Cuánto?

—¿Por teléfono? —exclamé—. Usted está loco. Quiero asegurarme de que es a usted a quien tengo que hacerla.

—Ya me han hecho una, tipo listo. Usted tendrá que mejorarla si pretende llevarse el *momio*.

Pensé sobre eso. Casi estuve seguro que la tal oferta había sido hecha por la maldita dama del narcótico.

—Lo discutiremos —dije—. Fije usted una entrevista y acudiré. O venga aquí, al hotel.

—No es tan fácil… Entre otras razones porque no me fío de usted ni de los que le envían.

—No sé de qué está hablando. ¿De qué tiene miedo? Si acepta la oferta cerramos el trato y asunto concluido. En caso contrario yo me esfumo del cuadro y al diablo con usted.

—Usted es uno de ellos, ¿no es así? Entonces no se retiraría con esa facilidad.

—Oiga, compadre, no apure mi paciencia. No sé qué demonio de juego se lleva usted entre manos, pero por mi parte puedo decirle que soy un investigador privado de Los Ángeles, contratado para este trabajo. ¿Qué es eso de que soy uno de ellos?

—Olvídelo, Beeler. Tengo que asegurarme con quién trato antes de arriesgarme. ¿Está seguro que no puede hacerme su oferta por teléfono?

—Ni lo sueñe.

Refunfuñó algo que no entendí, pero al cabo de unos segundos decidió:

—De acuerdo, no podemos vernos durante el día, pero le telefonearé a las ocho de esta noche y le diré dónde nos veremos. ¿Conforme?

—Me parece una estúpida pérdida de tiempo.

—Recuérdelo, Beeler: a las ocho en punto. Y colgó.

Solté el auricular y con él una sarta de maldiciones. Lo que parecía un caso sencillo amenazaba con complicarse de la manera más absurda. Me arrepentí de no haber exigido más explicaciones a los tipos que rae habían contratado, pero dos mil dólares por adelantado representaban una tentación demasiado fuerte para rechazarlos, sobre todo si uno pensaba que al terminar el trabajo habría otros tantos esperándome *en* mi oficina.

Mentalmente, mandé todo eso al diablo, acabé de vestirme y me lancé a la calle. El sol estaba a punto de caer sobre el horizonte y las montañas tenían un tono amoratado que se comunicaba incluso a la tremenda vegetación que cubría las más cercanas. Me dije que para ser una isla tan pequeña había mucho espacio desperdiciado en aquellos montes.

Las calles bullen de animación. Ya circulaba gente de raza blanca con multicolores atuendos. Policías negros uniformados de color caqui_ mujeres mestizas de sorprendente belleza; negras parloteando y mostrando sus deslumbrantes dentaduras; algunos chinos con pantalones y camisa de dril blanco…

Anduve hasta el puerto, paseé sin rumbo por él escuchando el incesante murmullo de las olas, contemplé la salida de algunas lanchas motoras equipadas para la pesca del tiburón, y cuando me cansé entré en un restaurante para dar satisfacción al estómago.

No sé qué clase de pescado me sirvieron, pero era sabroso y no me atreví a indagarlo por temor a llevarme una sorpresa desagradable.

Entre unas cosas y otras eran las ocho menos diez minutos cuando estuve de regreso al hotel. Me aligeré de ropa, encendí un cigarrillo y me dispuse a aguardar la comunicación del desconocido.

Fue puntual como un reloj. Noté que su voz, además de ronca, tenía un acento apremiante cuando preguntó:

—Beeler; ¿usted me ha dicho que era detective privado?

—Sí. ¿Qué pasa con esto?

—Bueno, tal vez pueda hacer algo por mí. Creo que me he

metido en un lío y usted podrá ayudarme a salir de él. Le pagaré por el trabajo. ¿Comprende?

—Podemos discutir eso una vez solucionado el otro asunto. ¿Cuándo podemos reunimos?

—Mire, Beeler, haremos las cosas a mi manera. Venga a verme a las diez y estaré esperándole. Es inútil que acuda antes de esa hora porque no me encontrará.

—Está bien —convine, fastidiado por tantos rodeos—. Dígame el lugar donde me esperará.

—Es una finca de recreo llamada *Sutton House*, en la costa. Cualquier taxista le llevará.

¿Ha comprendido?

—No es difícil.

—Y traiga sus documentos, Beeler. Quiero asegurarme de que trato con usted sin ninguna duda.

—No se apure por eso. Lo que importa es que yo sepa que es con usted con quien realmente estoy hablando. Tengo una fotografía suya, de manera que no habrá dificultad. Estaré allá a las diez.

Quedé un rato pensando en la urgencia de aquella voz. O tal vez no fuera realmente urgente su tono, aunque a mí me había parecido apremiante. Sin embargo, el tipo no parecía tener ninguna prisa por hablar conmigo desde el momento que perdía tanto tiempo antes de acceder a la entrevista.

Bueno, al diablo con él. Mis gastos estaban pagados, de manera que tanto me daba un día más en la isla, gozando de lo que para mí era una novedad casi exótica.

Estaba pensando en eso cuando el teléfono escandalizó otra vez. Quizá el individuo había cambiado de idea.

Lo descolgué, pero era la voz del pequeño recepcionista la que escuché.

—Está aquí míster Nutting —anunció—. ¿Desea recibirle en su habitación, míster Beeler, o bajará usted al bar?

A juzgar por su manera de decirlo llegué a pensar que era una obligación ineludible recibir al tal Nutting.

—¿Quién es míster Nutting? —inquirí antes de responder.

—Míster Randolph Nutting es una personalidad en las islas, señor.

—Está bien, yo soy una personalidad en Inglewood Street, Los

Ángeles, Estados Unidos. Pero no se apure, bajaré al bar dentro de cinco minutos.

—Perfectamente, míster Beeler —graznó el pequeñajo, sin inmutarse. Tomé la chaqueta y descendí al bar.

Randolph Nutting era un hombre de unos cincuenta años, de aspecto marcial y erguido, con un poblado bigote gris y unos ojos azules, fríos y penetrantes como dardos. Ante él, uno sentía la tentación de saludarlo militarmente. Todo su aspecto era el de uno de esos oficiales ingleses que han pasado la mayor parte de su vida en las colonias de la corona aplastando nativos bajo su bota.

El botones, tras indicarme quién era mi hombre, se embolsó la propina, dirigió una mirada atravesada al gran hombre y se largó apresuradamente.

—Usted es Beeler —dijo el inglés, como afirmando un hecho desagradable.

Me tomé tiempo antes de responder. Saqué un cigarrillo, me acomodé en el taburete y exhalé una bocanada de humo antes de comentar:

—Y usted es Nutting.

Apretó las mandíbulas como un cepo. Sonaron igual que una trampa de cazar osos cuando las encajó, pero se vio precisado a aflojarlas para seguir hablando.

—Ha venido usted en busca de esa basura de Jerry Mulligan. ¿No es así?

—Cuando me haya dicho cuál es su interés en este asunto tal vez me decida a responderle. De momento no veo la razón por la cual mete su nariz en los asuntos ajenos.

Se estiró, como dispuesto a lanzar la orden de ataque a una brigada de lanceros.

—Me temo que sus modales dejan mucho que desear, Beeler — estalló.

—Lo mismo digo.

Llamé al mozo y pedí un *whisky* doble con hielo. A mi lado, la respiración del *gentleman* sonaba toma un fuelle.

Esperó a que el mozo se hubiera alejado antes de gruñir:

—Así no vamos a ninguna parte. ¿Sabe usted quién es Jerry Mulligan?

—No. Y antes de continuar, Nutting —le espeté fríamente—, le

diré que tampoco me interesa saberlo. Tengo un trabajo que hacer y lo haré a mi manera. Si tiene usted algo que decirme hágalo o de lo contrario lárguese.

Esta vez saltó del taburete en que estaba sentado, creo que para demostrarme lo buen tipo que era. Pero como yo mido uno noventa no me impresionó demasiado.

El mozo colocó mi bebida sobre el mostrador, la tomé y engullí un largo sorbo antes de volver la cabeza hacia mi británico antagonista.

El abrió la boca, rojo de ira, pero me adelanté:

—Antes de seguir adelante, ¿por qué no me dice cómo se ha enterado de quién soy yo y de la misión que me ha traído aquí? Tal vez después me sienta más sociable. ¿Qué le parece?

Bufó igual que un toro furioso. Pero comprendió que por semejante camino no iba a adelantar ni un paso y farfulló:

—El propio Mulligan habló de usted a cierta persona. Dijo que cuando usted llegase todos sus apuros monetarios habrían terminado. ¿Satisface eso su curiosidad?

—No. ¿A quién le contó esa historia?

—A uno de sus muchos acreedores. Precisamente le reveló su próxima llegada para cerrar la boca de ese hombre cuando le exigió el pago de su deuda.

—Ya veo… Ahora puede seguir hablando. Le escucho.

—Antes de hacerlo, quiero informarle de algunos pormenores. En primer lugar, creo que debe saber que mi nombre en estas islas es tan importante como el del mismo representante de Su Majestad. Mi palabra aquí es ley y ocupo una posición tan elevada que en Londres se solicita mi parecer en los asuntos de las islas. ¿Lo ha comprendido?

—Bueno, ¿qué espera que haga, saludarle militarmente? No veo a dónde pretende llegar con todo eso.

—Ahora lo verá. He venido aquí a «rogarle» que vuelva usted a los Estados Unidos, Beeler. Y observe que he dicho a «rogarle».

Esta vez sí le miré de frente, dudando entre mandarlo al infierno o echarme a reír. El hombre había adoptado una postura estirada y altiva. Sus ojos fríos brillaban peligrosamente.

—Creo que está usted loco —le espeté—. No pienso regresar sin haber cumplido el trabajo que me encomendaron. ¿Qué diablos le

sucede a usted? Si tiene algo contra Mulligan vaya y dígaselo, pero no me venga a mí con representaciones. Eso creo que también queda claro, incluso para usted.

—No voy a perder más tiempo haciéndole comprender lo estúpido de su proceder. Sin embargo, sí le daré una orden antes de dejar su desagradable compañía. Tiene usted un pasaje reservado para el avión de mañana. Sale a las once y cuarto. Tómelo y márchese de la isla, Beeler.

—No me diga. Supongo que si no obedezco desencadenará sobre mí las iras de todo el imperio británico.

—Usted se irá, naturalmente. De lo contrario deberá atenerse a las consecuencias.

—*Okey*, me atendré a las consecuencias.

Su congestionado rostro estaba púrpura cuando giró marcialmente sobre sus tacones.

Pero apenas si había dado tres pasos cuando se detuvo, volvió la cabeza y me advirtió:

—Recuérdelo, Beeler; Mulligan no debe recibir ninguna ayuda de su parte. Déjelo que siga sin dinero hasta que se hunda de una condenada vez.

Le hice un gesto burlón con la mano y eso fue demasiado para su dignidad ultrajada.

Abandonó el bar como si huyera de un incendio.

Sólo por curiosidad me acerqué a la ventana para verle salir a la calle. Vi cómo un chófer negro sostenía abierta la portezuela de un impresionante «Bentley», al que el altivo personaje entró de cabeza. Temí que saliera disparado por el otro lado, tanto fue su ímpetu al meterse dentro.

Después, el chófer trotó alrededor del enorme coche, saltó al asiento del volante y el auto se alejó silenciosamente.

Volví al mostrador y apuré el resto de mi *whisky*. Positivamente, Jerry Mulligan no parecía ser muy popular en Gran Bahama.

CAPÍTULO III

El taxista dijo:

—Daré la vuelta y le esperaré aquí, frente a la verja.

—Muy bien.

Abandoné el coche. *Sutton House* estaba sumido en la oscuridad. La masa oscura del edificio Victoriano estaba separada de la verja por un descuidado jardín invadido por la vegetación tropical que apenas si respetaba el sendero de grava que conducía a la casa. No pude distinguir una sola ventana iluminada. Tal vez Mulligan estuviese en la parte trasera.

A poca distancia, el mar se deshacía en blanca espuma sobre una pequeña playa encerrada entre un semicírculo de agrestes rocas. Altísimas palmeras se balanceaban suavemente a impulsos del aire salobre que susurraba entre el follaje.

El chófer maniobró hábilmente y detuvo el taxi detrás de mí.

—Parece que no hay nadie, ¿eh? —comentó sacando su negra cabeza por la ventanilla.

—Me han citado aquí a las diez —dije—. Alguien debe estar esperándome.

Empujé la reja y al abrirse lanzó un largo chirrido. La dejé abierta y avancé hacia la casa. Al estar más cerca de ella descubrí el recargado porche cuyo voladizo formaba una estrecha terraza en el piso superior. También descubrí la puerta abierta y el negro interior.

Me detuve ante ella, perplejo. Lamenté no haber traído una lámpara eléctrica. O acaso lamenté más todavía no haber cargado con el revólver.

Adelanté los dos pasos que me separaban de la entrada. Desde el umbral grité:

—¿Hay alguien ahí?

No obtuve respuesta, a pesar de que mi voz debió de sonar en toda la casa. Me dije que tal vez Mulligan se había retrasado, pero aquella maldita puerta me preocupaba.

Acabé por volver al taxi a grandes zancadas.

—¿Tiene usted una lámpara eléctrica en el coche? El chófer pareció preocupado.

—Mire, si no hay nadie es mejor que volvamos mañana… No puede usted entrar en una casa y…

—Tonterías. La puerta está abierta. ¿Tiene una lámpara sí o no?

Dejó de refunfuñar y sacó lo que le pedía. En aquel momento sonó un golpe en la casa, como una puerta que se cierra, y unos pasos precipitados hicieron chirriar la grava del camino. El chófer se irguió y abrió la boca, sorprendido, pero antes que pudiera decir una palabra giré en redondo y enfoqué el cono de luz de la potente linterna hacia la oscuridad del jardín.

La claridad hizo saltar las sombras como fantasmas asustados. Los pasos se alejaban directamente hacia el lado del jardín que daba al mar. Seguían corriendo, aunque sin mucha firmeza, como si hubiera algo que obligara a las piernas a adoptar precauciones.

Yo también eché a correr, con la lámpara encendida. Durante un fugaz instante logré ver un raudo movimiento detrás de un macizo de grandes hojas verdes. Después, aquella sombra se esfumó otra vez y los pasos dejaron de oírse.

Aceleré la carrera, atravesé el macizo de vegetación como un ariete y barrí la oscuridad con el haz de mi linterna.

No había nadie a la vista. Pero comprendí el súbito silencio. El suelo estaba cubierto de espeso césped que se extendía en declive hasta una verja. Al otro lado de la verja empezaba la playa.

Seguí avanzando, pero más precavidamente que hasta entonces. Pensé que el fugitivo podía caerme encima desde cualquier lado antes que pudiera verle siquiera. A medida que me aproximaba a la verja iba diciéndome que todo aquello no entraba en el programa. Alguien había introducido ciertas novedades en la trama del asunto.

Llegué a la verja y busqué una puerta o algún hueco por el que atravesarla. No había nada semejante a la vista, lo que indicaba que el tipo de las prisas todavía estaba en el jardín.

Inicié una inspección del terreno metódica y cuidadosamente.

Pero cometí un error; olvidé que el tipo podía volver sobre sus pasos mientras yo perdía el tiempo en la zona alfombrada de césped.

Y eso fue lo que sucedió.

La primera noticia que tuve fue un grito lejano. Después, el seco chasquido de una portezuela de coche y acto seguido un motor roncó acelerado brutalmente.

Corrí como un gamo hacia la entrada. Tuve tiempo de ver las rojas luces de cola del taxi cuando se perdían en una curva del camino dejando tras de sí una buena polvareda.

El taxista aullaba con toda su voz, aunque no entendí una palabra. A juzgar por su tono, estaba maldiciendo cordialmente al que le había dejado en tierra, pero lo hacía en una lengua gutural desconocida para mí.

—Está bien —le espeté, furioso—. Cierre el pico de una vez. ¿Qué ha sucedido? Tras un nuevo estallido, gruñó:

—Llevaba una pistola, señor… me ha hecho descender del coche…

—Y se lo ha llevado para huir; muy bien, compañero, no sufra. Seguramente encontrará su cacharro abandonado en una esquina. ¿Cómo era el tipo de la pistola?

—¿El tipo? —graznó, atragantándose—. ¡Era una mujer! Eso me pone furioso, haberme dejado robar por una zorra cualquiera…

Pegué un respingo. Casi estuve seguro de que se trataba de la bella dama que me había narcotizado a mí. Podía habérselo dicho al chófer para calmar su furor, pero decidí callar y, esta vez acompañado por él, volví sobre mis pasos para echar un vistazo a la casa.

La puerta estaba cerrada, pero al empujarla se abrió dejando ver el negro interior.

—¿Va usted a entrar ahí? —tartajeó el negro.

—Seguro. Y a menos que usted quiera aguardar aquí fuera vendrá conmigo.

—Yo no me muevo de aquí.

Lo dejé en el porche y penetré dentro, alumbrándome con la linterna eléctrica. El vestíbulo era amplio y amueblado profusamente. El arranque de una escalera se perdía hacia arriba, en el piso. Había una gran puerta al fondo, otra más pequeña al

lado de la escalera y dos más a la derecha. La del fondo estaba abierta y fue a ésta a la que me encaminé.

Daba a una salida amueblada como sala de espera. Flotaba un olor extraño en el ambiente, pero preocupado por otras cosas no me preocupé de analizar a qué pertenecía. Atravesé la estancia, abrí la única puerta que había en ella y penetré en lo que podía ser un gran despacho, una biblioteca o un lugar de reposo y lectura. Paseé el cono de luz por las estanterías repletas de libros, por la gran mesa cubierta de papeles en desorden y por las butacas y la baja mesita de centro. Después, la luz centelleó contra los cristales de un enorme ventanal francés y la aparté de ellos rápidamente, bajándola.

Entonces quedé rígido. La luz me reveló el oscuro bulto caído al pie del ventanal, entre éste y la gran mesa. No necesité un segundo vistazo para darme cuenta que se trataba del cuerpo de un hombre.

Cuando los latidos de mi corazón descendieron a su ritmo normal me acerqué al caído. Tenía la pechera de la camisa empapada de sangre todavía líquida. A un lado del pecho, sobre el suelo, la sangre había formado una pequeña mancha roja.

Fue la vista del agujero en la camisa lo que me aclaró la procedencia del olor que había notado al entrar en la salita, puesto que olía a cordita. Alguien le había disparado un tiro con un arma de bastante calibre. Pensé en la mujer que empuñaba una pistola cuando sorprendió al taxista…

El cadáver vestía pantalones negros, calcetines y zapatos del mismo color. La camisa era de seda natural, con diminutos brillantes en lugar de botones, y la corbata de lazo redondeaba el conjunto del traje de etiqueta. Pero le faltaba la chaqueta.

Di un vistazo a aquel rostro muerto. No era la primera vez que lo veía. Saqué la fotografía de Jerry Mulligan y la comparé con el original. No había duda que se trataba del mismo hombre.

Durante unos minutos permanecí quieto, contemplando lo que quedaba del hombre al que yo había ido a buscar. Bien, ya lo había encontrado, aunque maldito si iba a servirme de nada semejante descubrimiento como no fuera crearme dificultades. No sé por qué absurda razón me acordé del altivo míster Nutting. El estirado inglés sería feliz pudiendo complicarme en un asesinato…

Afortunadamente, tenía el testimonio del taxista, pero por otra

extraña razón que no me entretuve en analizar entonces, tampoco me seducía la idea de que el hombre prestase declaración; tal cosa haría que la presencia de la mujer fugitiva saliera a relucir.

Apartándome del cadáver, examiné rápidamente el despacho. Era indudable que alguien había registrado el escritorio sin molestarse en dejar las cosas en orden. Me abstuve de tocar nada y me aparté de allí.

Sobre la mesita de centro había una botella de *whisky* casi llena y dos vasos sucios. Me dije que el asesino no habría sido tan estúpido de dejar sus huellas en un vaso… a menos que se hubiera visto interrumpido. Valiéndome del pañuelo para proteger mis dedos levanté ambos vasos y los examiné a la luz potente de la linterna. Ninguno de los dos conservaba manchas de carmín. Los dejé tal como estaban y finalmente abandoné la estancia con la mente convertida en un caos.

El taxista fumaba sentado en un escalón del porche. Se levantó de un salto cuando me vio aparecer. Algo debió notar en mi expresión, porque se quitó el largo cigarrillo de la boca y preguntó:

—¿Qué le pasa, patrón, ha visto algo malo ahí dentro?

—¿Malo? —Gruñí—. Hay un fiambre tendido en el suelo.

—¿Un…? ¡Madrecita mía, no me diga!

Sus enormes ojos se abrieron hasta parecer dos globos blancos en su negra cara. El cigarrillo escapó de sus dedos sin que él lo advirtiera, de manera que lo aplasté con el pie. Pero repentinamente me incliné lo recogí y me lo guardé en el bolsillo. Después esparcí la ceniza y las briznas de tabaco con la suela del zapato.

—¿Qué… qué podemos hacer? —balbuceó el hombre.

—Deberíamos llamar a la policía, naturalmente —dije como sin darle importancia. Esa idea no pareció gustarle mucho.

—Lo ha matado la dama del revólver, patrón —graznó de pronto, como si acabara de hacer un enorme descubrimiento—. Seguro que lo ha hecho ella…

—Siga.

Me miró, extrañado. Luego masculló:

—¿Qué le pasa a usted? La dama se lo ha cargado, ¿no? Podemos decírselo así a la policía y…

—¿Seguro que los polis lo creerán, compañero? —le atajé

tranquilamente—. No tenemos ninguna prueba de que sea esa mujer quien ha matado al ocupante de la casa. Es más… ¿podría usted reconocerla si la viera de nuevo?

—Bueno, yo…

—¿Ha visto su cara?

—No; estaba demasiado oscuro. Además, cuando el revólver ha aparecido por la ventanilla ya no he visto nada más que aquel maldito chisme…

—Ahí tiene. Dígaselo a la policía y verá los quebraderos de cabeza que le proporcionarán.

Se rascó el cogote, muy preocupado.

—Creo que tiene usted razón. ¿Qué podemos hacer?

—Largarnos de aquí sin decir una palabra a nadie. Alguien encontrará el cadáver y avisará a las autoridades. Si usted no suelta la lengua nadie conocerá nuestra presencia aquí esta noche. ¿Conforme?

Se encogió de hombros.

—Por mí, de acuerdo.

Sin otra palabra echó a andar por el sendero de grava. Poco después, los dos estábamos andando por la polvorienta carretera, desierta y negra, rumbo a la ciudad.

Cuando avistamos las primeras luces, una hora más tarde, le pedí su dirección al taxista por si necesitaba su declaración más adelante y nos separamos. El juró que iba a recorrer toda la ciudad en lo que quedaba de noche hasta encontrar su coche. No tenía ningún deseo de notificar el robo a las autoridades lo cual me tranquilizó.

Al llegar al hotel solicité una llamada a larga distancia con Los Ángeles, subí a mi habitación y me metí bajo la ducha para barrer el sudor que me empapaba.

Tras esto, y con sólo el pantalón del pijama, me tendí en la cama a esperar la comunicación coa mi cliente.

Bueno se iba a poner el hombre.

Capítulo IV

Realmente, la noticia no le agradó en absoluto. Sin embargo era algo que no tenía remedio, y el gran Michel Acosta lo comprendió en un par de minutos. Entonces decidió:

—Va a quedarse usted en la isla, Beeler. Necesito que haga algo por mí.

—Mientras pague usted los gastos no hay inconveniente. ¿Qué es lo que debo hacer?

—Mulligan era el único que conocía el paradero del material de que le hablé a usted y por el cual yo estaba dispuesto a pagar. Bien, él debía tener notas, papeles y documentos. Trate usted de verlos y tome nota de todo lo que pueda sugerirle un escondrijo, o una caja de alquiler en algún Banco… Ya me comprende, ¿no es cierto?

—Claro que le comprendo. Lo que no veo es cómo voy a efectuar un examen tan completo de los papeles de ese tipo. La policía no va a darme facilidades precisamente.

—Yo le pago para que sea usted quien resuelva las dificultades. Añadiré mil dólares a los dos mil pendientes, pero consígame resultados.

—Lo intentaré —dije, sin convicción. Y añadí—. No obstante, Acosta, hay alguien más interesado en este asunto. Mulligan me dijo por teléfono que había recibido otra oferta.

—¿Qué? —Su lejana voz sonó como un chirrido—. ¡Maldita sea, Beeler, no deje que nadie le adelante!

—Ya me han adelantado al liquidar a Mulligan. Pero todavía hay algo más y tampoco va a gustarle.

Le conté mi aventura en el aeropuerto de Miami. Le hablé de la hermosa dama y del individuo que me había cazado, trasladándome él solito hasta un coche…

—Y tenga en cuenta que peso bastante más de doscientas libras, de manera que no era un aficionado el que realizó la proeza.

—¡Condenación! ¿Está seguro que esa mujer está en Gran Bahama?

—¡Claro que estoy seguro! —estallé—. Tuvo la desfachatez de ocupar mi propio asiento en el avión que perdí.

—Ya veo… aunque maldito si sé quién es. Estaba seguro que yo era el único interesado en el asunto y que nadie más tenía conocimiento de él. Ojalá hubiese actuado antes… y de otra manera. Ese puerco de Mulligan me la ha jugado.

—Yo diría que se la han jugado a él —refunfuñé—. Le repito que haré cuanto pueda, Acosta pero no espere milagros. No sé que he de buscar ni qué es la que está guardado. No sé nada de nada.

—Cinco mil dólares son un motivo suficiente para que saque usted informes incluso de donde no los haya. Y manténgame informado, Beeler.

Le dije que lo haría y colgué, furioso. Me quité el pijama y me vestí para salir. Tras una ligera duda, acabé sacando el revólver de la maleta. De momento ya había habido un asesinato. No habría otro si yo podía evitarlo.

Desde una cabina del vestíbulo llamé al taxista cuyo coche había sido robado. A pesar de lo intempestivo de la hora respondió casi a la primera llamada del aparato.

—Soy su cliente de esta noche, compañero —le dije—. ¿Ha encontrado su cacharro?

—Sí. No le había sucedido nada.

—*Okey*, cójalo y venga a buscarme a mi hotel.

—¿A estas horas? Mire, patrón, no quiero meterme en más líos. Ya he tenido bastante con…

—Le aguardaré diez minutos. Si tarda más los dos nos veremos metidos hasta el cuello en el asesinato.

Colgué, cortando su catarata de protestas.

Ocho minutos después detenía el coche frente a la entrada. Salté dentro casi antes de que lo detuviera del todo y le ordené llevarme al aeropuerto.

Salió disparado, pero indagó, inquieto:

—Supongo que no estará planeando escapar…

—Sólo quiero hacer unas preguntas a los funcionarios, pero

prefiero utilizar su coche porque así lo tengo a usted bajo control. No me gustaría que se fuera de la lengua si bebiera un par de tragos de más.

—¿Yo? ¡Si no bebo! Mi hígado no lo resistiría.

—No sabe cuánto me alegro, amigo.

El aeropuerto estaba desierto, a excepción de un empleado que llenaba unos formularios amarillos aporreando la máquina con dos dedos de cada mano.

Me vi precisado a contarle una historia inventada sobre la marcha, y finalmente le hablé del vuelo de Miami en el que había llegado la hermosa dama.

Sólo tuvo que consultar unas lisias y asintió con un gesto.

—Sí —anunció—. Recuerdo a la señorita Ryan…

—Magnífico. Necesito ponerme en contacto con ella, pero en el hotel en que suponía que se había alojado no la conocen. ¿Sabe usted si utilizó el autobús de la compañía o un taxi para trasladarse a la ciudad?

—Un taxi. Yo entregué su equipaje a un mozo para que lo llevara. Suspiré, esperanzado.

—¿Podría ver a ese mozo?

—Como comprenderá, a estas horas no está de servicio… pero puedo darle su dirección si se trata de algo urgente.

—Es muy urgente.

Se volvió, revolvió en unas fichas y anotó algo en un papel.

—Ahí tiene. Su taxista podrá llevarle.

Tomé el papel, le di las gracias y volví al taxi.

—Vamos a estas señas —dije, entregándole el papel al taxista—. Y rápido, Jacques.

Al negro le gustaba correr, de manera que utilizó su coche como si se propusiera ganar una competición.

El mozo vivía en una casa de madera al final de un callejón mal empedrado, cerca del muelle de carga. El chófer comentó:

—Tiene usted suerte que le acompaño yo, de lo contrario se vería en dificultades por aquí…

Saltó fuera del taxi y me acompañó hasta la casa. Llamé con los nudillos primero, pero al ver que no obtenía resultado aporreé la puerta sin contemplaciones. Tras el estrépito, una voz gritó en alguna parte:

—¡Basta, idiota! Vas a echar la puerta abajo…

Hubo un arrastrar de pies al otro lado, el chirrido de un cerrojo y la delgada hoja de madera giró dejando ver un interior sucio alumbrado por una bombilla amarillenta.

El hombre que quedó enmarcado en el umbral nos miró, parpadeando.

—Bueno, qué les parece… No es Michael…

—¿Quién es Michael? —inquirí.

—Mi hermano. Siempre regresa borracho y sin la llave… ¿Qué quieren ustedes?

—Usted trabaja en el aeropuerto como mozo de equipajes, ¿no es cierto?

—Sí. ¿He hecho algo malo? Créame que…

—No se inquiete. Tal vez quiera usted ganarse un par de dólares.

—¿Dólares americanos? —graznó, despabilándose.

—Sí.

—Pasen.

Entramos y él cerró la puerta. El interior olía a infiernos, pero yo podía soportar mucho más a cambio de obtener lo que quería.

Le hablé de Myrna Ryan, se la describí y le dije también el día y la hora que había llegado a la isla. Tras esto dije:

—Usted llevó su equipaje a un taxi. Quiero saber qué taxi era y si oyó la dirección que ella dio al chófer.

—¿Y me habré ganado dos dólares americanos?

—Eso es.

—Era el taxi de Tom Irving, pero no oí la dirección. Mi taxista exclamó:

—Yo conozco a Tom, patrón. Y casi seguro que a estas hordas está en el *Paradise.*

—Eso es suficiente.

Entregué los dos pavos al mulato y volvimos al coche.

El *Paradise* era un club de negros. Había una gran cantidad de parejas en la pista y en las mesas. Se me antojó que era mucho mejor y más limpio que otros de más campanillas establecidos en Los Ángeles.

El taxista que había entrado conmigo me llevó a la barra. Algunas cabezas se volvieron a mirarme. Yo era el único blanco que había allí dentro y forzosamente debía llamarles la atención.

—Espere aquí. Yo buscaré a Tom y se lo traeré si no está demasiado borracho.

—Por mucho que lo esté, tráigalo.

Pedí un *whisky*. El barman se apresuró a servírmelo. Después comentó:

—Usted es la primera vez que viene aquí, ¿no es verdad?

—Sí.

—¿Americano?

—De California. Tienen ustedes una orquesta estupenda.

El hombre enseñó todos sus dientes en una sonrisa de orgullo.

—La mejor de la isla, sí señor. No encontrará otra igual ni en los clubs blancos…

Escuche esa trompeta.

Era realmente asombrosa la manera de tocar del trompeta. Arrancaba sones delirantes de su instrumento, remontándose a alturas pasionales o descendiendo al fondo de abismos de melancolía. Y sin embargo era música bailable, una variante del *jazz* que las parejas ejecutaban en la pista casi como un rito.

Tragué el *whisky*, subyugado por aquel delirio musical. Entonces llegó Jacques sosteniendo a un tipo delgado como un palo, de rostro arrugado y cabello ensortijado. Era un negro de facciones achatadas y desagradables, en contraste con la mayoría de otros negros que llevaba vistos desde mi llegada a la isla.

—Éste es Tom —bufó mi taxista—. Dudo que pueda pronunciar una palabra en semejante estado.

—Sáquelo fuera. Yo me encargaré de despejarlo.

Pagué el *whisky* y abandoné el local detrás de los dos. Jacques llevó el borracho hasta donde había dejado aparcado el taxi, lo sentó en el suelo y se apartó.

—Huele que apesta —gruñó con disgusto.

—Ahora vuelva al bar y traiga una jarra de agua helada.

Obedeció en el acto. Cuando regresó traía un cubo de plástico lleno de agua en la que flotaban trozos de hielo.

Tomé el cubo y vertí lentamente el líquido en la nuca del beodo. El tipo soltó un chillido de rata y se debatió ciegamente, pero seguí vertiéndole el agua encima hasta la última gota. Cuando terminé, el borracho rodaba por el suelo huyendo de la catarata.

—Puede devolver el cubo —dije—. Con eso habrá bastante.

Agarré al degenerado por las empapadas solapas de su camisa de colorines y lo enderecé hasta dejarlo apoyado en el coche.

—Trata de entenderme, compadre —le espeté—, porque no voy a perder tiempo con una basura como tú. ¿Me oyes?

—¿Por qué me maltrata? Nunca le he visto… no he hecho nada… Lloriqueó. Era lo único que le faltaba.

Le sacudí sin mucha fuerza contra el coche, aulló igual que si estuvieran descuartizándole y acabó tratando de librarse de mis garras.

—¿Qué tal te sientes ahora?

—Déjeme… Tom nunca hace daño a nadie.

—Seguro que no. ¿Puedes recordar un viaje que hiciste con tu taxi desde el aeropuerto?

—He hecho tantos…

—En este llevaste a una mujer blanca, vestida de gris, muy bonita. Llegó en el avión de Miami que…

—¡Pero no hice nada con ella! —protestó, aterrorizado—. ¡Le juro que no toqué un hilo de su ropa, ni siquiera la miré…!

—No saques los pies del tiesto, majadero. Ya sé que no le hiciste nada. Sólo quiero saber a qué hotel la llevaste, eso es todo. Si la recuerdas a ella recordarás también el lugar a que se dirigió.

—Sí.

Retiré mis manos de sus ropas y ante tamaña falta de apoyo el fulano dio un traspié y cayó sentado sobre el charco de agua que empapaba el suelo de tierra.

—Tenía habitación en el *Windsor Hotel*… oí cómo se lo decía al encargado. Jacques regresó y miró al caído individuo con cierta lástima.

—¿Qué hacemos con él, patrón? Es la vergüenza de los taxistas…

—Nada, déjelo tumbado en la acera y el aire le despejará.

Obedeció y un minuto después corríamos rumbo al hotel *Windsor*. Mientras maniobraba para meter el taxi entre dos autos estacionados al lado de la entrada, mi taxista gruñó:

—Oiga patrón, me preocupa todo esto. Esa mujer que estamos buscando…

—Acabe, Jacques.

—¿Es la del revólver?

—No lo sé, aunque bien pudiera serlo.

—Bueno, tenga cuidado si es la misma. Ya ha utilizado el revólver una vez y…

—No es seguro que fuera ella la que mató al tipo —le atajé abruptamente—. De todas formas tendré cuidado.

Eran casi las dos de la madrugada y el recepcionista nocturno puso muy mala cara cuando le pregunté por Myrna Ryan. El hotel *Windsor* era un establecimiento respetable, según dijo, y sus huéspedes tenían garantizado el descanso y a menos que ella aguardase mi visita…

—Cierre el grifo —le espeté, cansado de su cháchara—. Es preciso que vea a esa muchacha inmediatamente a menos que prefiera usted un buen escándalo. Eso haría trizas la reputación del hotel, ¿no es verdad?

—Tenemos policía en esta isla, señor —me anunció, alargando la mano hacia el teléfono.

—No llegarían a tiempo de evitar el escándalo. Puedo levantar a todos los huéspedes en menos de dos minutos.

Retiró la mano del aparato y me contempló, preocupado. Entonces le obsequié con una sonrisa y eché mano al bolsillo.

—No hay necesidad de llegar a esos extremos —dije—. Tengo cinco dólares y no sé qué hacer con ellos.

—¿Dólares americanos? —puntualizó también él.

—Exacto.

Los dejé sobre el mostrador. Su morena faz cambió como por ensalmo.

—Habitación 12-A, en el primer piso. ¿Me garantiza usted que no habrá escándalo?

—En absoluto. Ella es una gran amiga mía…

Lo dejé pensando en la clase de amistad que me uniría con la bella muchacha, pero sus preocupaciones se vieron mitigadas por el billete que el tipo acariciaba entre sus dedos como si fuera un amuleto.

La voz de Myrna Ryan contestó a mi segunda llamada a la puerta de la habitación. Después escuché sus pasos que se acercaban, y cuando estuvo junto a la entrada indagó:

—¿Quién está ahí?

—Policía, abra la puerta, por favor —dije con voz bronca.

Titubeó unos segundos, pero al fin cedió. Tan pronto la puerta empezó a moverse la empujé brutalmente y me colé dentro. El empujón la mandó a ella dando traspiés hasta que encontró el apoyo de una silla. Cerré y quedé apoyado en la madera, contemplándola.

Y resultaba un bálsamo para los ojos. Llevaba un tenue pijama de seda a través de cuyos vaporosos pliegues podía percibirse el color tostado de su piel. Su rostro, a pesar del intenso temor que acusaba, era tan bello como yo lo recordaba. Sus labios sin maquillar temblaban y eran tentadores como una fruta madura.

—¿Qué le pasa, cariño, no se acuerda de mí? —dije con sorna.

Reaccionó aturdidamente. Miró a su alrededor, se precipitó hacia un salto de cama tan vaporoso como el pijama y se envolvió en él.

Entonces murmuró:

—Yo… no quise causarle daño.

—¿A quién?

—¿Cómo?

—Le pregunto a quién se refiere.

—A usted, naturalmente. Aquel narcótico era inofensivo.

—Seguro; casi me sacó los intestinos por la boca, pero aparte de esa pequeñez fue algo sin importancia. *Okey*, ¿por qué no utilizó también un narcótico con el pobre Mulligan?

Emitió un gemido y retrocedió como si acabase de golpearla. No se detuvo hasta que sus piernas tropezaron con el borde de la cama y cayó sentada en ella. Avancé tranquilamente, examinando todo cuanto veía a mi alrededor. Así descubrí el bolso sobre el tocador.

—Veo que sabe perfectamente de qué le hablo, linda…

Siguió muda, con sus ojos clavados en mí como si estuviera fascinada por una serpiente. Me moví distraídamente hasta que tuve el bolso al alcance de la mano.

—Usted ha dado un buen susto a mi taxista, Myrna… el pobre temo que se ha excedido en su lenguaje, pero él no podía saber que dirigía sus insultos a una dama tan encantadora.

Tomé el bolso de un manotazo. Ella pegó un brinco, avanzó dos o tres pasos con la alarma brillando en su mirada y entonces se detuvo cuando vio que yo introducía la mano y la sacaba armada

con su revólver.

Casi exhalé un suspiro de alivio. El arma era apenas un juguete, uno de esos chismes calibre «22», y la herida del cadáver había sido causada por una bala de mayor tamaño y potencia.

Seguí registrando el bolso, no obstante, y lo único interesante que hallé fue su pasaporte, extendido realmente a nombre de Myrna Ryan, de Inglewood, Los Ángeles.

—Así que vive usted allá, ¿eh? —comenté, burlón.

—¡Devuélvame eso! No tiene derecho…

—Usted sí lo tiene para narcotizar a pacíficos viajeros y agujerear a los que se le resisten. Aunque apuesto que me dice que no ha sido usted quien ha baleado a Jerry Mulligan.

—¡Claro que no he sido yo! —estalló. Pero su voz temblaba demasiado y se convirtió en un gemido cuando añadió—: Estaba muerto… Yo creí que me moría cuando he visto… y después al escuchar aquella voz… Supongo que era usted.

—Y ha escapado corriendo, pero no antes de haber registrado el despacho. No me crea tan estúpido solo porque una vez pudiera tumbarme con un soporífero.

—¡Pero si no he registrado nada! Acababa de descubrirlo cuando usted ha llegado.

—¡No me diga! ¿Y cómo había ido usted allá, nadando? Porque no tenía ningún coche aguardándola, ni nos cruzamos con ningún taxi que regresara en nuestro viaje de ida.

—Pero… pero si no es posible…

Dejé el bolso sobre el tocador y me guardé el pequeño revólver en el bolsillo. Tras esto encendí un cigarrillo y pregunté:

—¿Qué no es posible?

—Yo… He ido a *Sutton House* en un taxi.

—Invente otra historia, querida.

—¡Estoy diciéndole la verdad! ¿Por qué no me cree? Puedo decirle incluso lo que me costó…

—Seguro —admití con sorna—. Y después de dejarla a usted, el taxista y su coche se volatilizaron, o tal vez siguió camino adelante y se lanzó al mar con taxi y todo. Qué cosas ocurren a veces.

Aplasté el cigarrillo en un cenicero después de un par de chupadas y avancé hacia ella.

—Ya basta —le espeté—. Quiero la verdad, ¿entiende? Pero

desde el principio. Y usted, linda, me complacerá o irá directamente desde esta habitación a una celda. Y le advierto que estamos en territorio británico y que aquí la última pena es la horca. Eso sería terrible para su lindo pescuezo.

—¡Oh, cállese! Usted sabe que yo no he matado a nadie.

—Yo no sé nada de eso.

Estaba tan cerca de la asustada muchacha, que su perfume, o el aroma cálido y turbador que se desprendía de su cuerpo me envolvía. Era una pena tener que considerarla como enemiga; hubiera sido mucho más agradable celebrar aquella entrevista en otro término.

—Por favor —murmuró— váyase… estoy trastornada y no acierto a explicarme lo sucedido…

Brillaba el temor en sus profundos ojos. Decididamente, no era una delincuente habitual, ni siquiera una mujer acostumbrada a intervenir en tan peligrosos juegos. Sus manos temblaban y no sabía dónde dirigir la mirada. Decidí seguir acorralándola hasta arrancarle todo lo que me interesaba saber.

—Quiero que me cuente la verdad, Myrna; es la única manera de librarse de mí porque ahora no podrá administrarme ningún soporífero. Así que empiece a hablar y ganaremos tiempo.

—No… ¡No!

La súbita exclamación me sobresaltó por cuanto yo no la había amenazado. En realidad estaba callado y quieto, esperando su reacción.

Tardé demasiado en comprender que esta vez no iban a utilizar un narcótico para librarse de mí. El golpe me cazó de lleno y estalló en mi nuca igual que un cohete.

Cuando toqué el suelo debía estar ya inconsciente porque no sentí el trastazo. Sólo vi una especie de relámpago rojizo ante mis ojos y luego nada.

Por segunda vez me había dejado cazar como un párvulo.

Estuve vagando en el océano de la inconsciencia tanto tiempo que cuando emprendí el regreso a mi mundo no recordaba ni siquiera quién era yo. Pero todavía seguía siendo de noche y las estrellas brillaban y el follaje de unos árboles espesos se mecía sobre mí, dejando escapar el susurro del viento húmedo procedente del mar.

Me senté en el suelo, preguntándome qué demonios hacía yo allí tumbado. Algo áspero se deslizó por mi cuello y lo aparté de un manotazo. Una gran araña negra cayó sobre la grava, dio una voltereta y se alejó con su andar bamboleante. Era un bicho peludo y repugnante.

Traté de levantarme y entonces algo se puso tirante en mi nuca y un alfilerazo de dolor me paralizó durante unos instantes.

Eso me hizo recordar lo sucedido. La muchacha, el interrogatorio y el trastazo que me había caído encima como llovido del cielo.

Cuando pude incorporarme y reconocer el terreno me encontré en la parte trasera de un gran edificio. Un bien cuidado jardín me rodeaba por todas partes, y fue solo cuando traté de alejarme que descubrí que el gran edificio no era otro que el *Windsor Hotel*.

Esta vez no se habían molestado en trasladarme muy lejos.

Rodeé el edificio. Desde la esquina pude ver el aparcamiento, y en él el taxi de Jacques.

Jacques dormía tranquilamente con la cabeza apoyada en los brazos, y estos encajados sobre el volante.

CAPÍTULO V

Durante todo el trayecto el hombre no cesó de refunfuñar. Sólo cuando *Sutton House* estuvo a la vista, cerró la boca y se concentró en examinar los alrededores, temeroso de que la policía estuviera allí.

—Ya te he dicho que ni siquiera saben la existencia de ese fiambre —le espeté, para tranquilizarlo—. ¿Quién crees que puede haberlo denunciado?

—No me he molestado en pensarlo. ¿Qué se propone hacer esta vez?

—Sólo dar un vistazo por aquí. Pásame tu lámpara, Jacques, y consuélate pensando que esta noche vas a ganar tanto dinero como en una semana de trabajo.

—¿De qué va a servirme en la cárcel? No he debido mezclarme en esto.

Tomé la lámpara eléctrica cuando detuvo la marcha. Al salir del auto le recomendé:

—No muevas el coche de aquí hasta que te avise. Quiero ver el suelo…

Dirigí el haz de la linterna a los neumáticos del taxi. Cuando estuve seguro de recordar perfectamente las particularidades del dibujo comencé a examinar el polvoriento suelo. Seguí las huellas dejadas por el coche de Jacques en el primer viaje, cuando había maniobrado para darle la vuelta, y pronto descubrí otras marcas distintas.

Detrás de mí escuché los pasos del taxista, cuya voz dijo partiendo de la oscuridad:

—¿Qué demonios espera encontrar ahí, patrón?

—Ya he encontrado lo que quería… esas huellas. ¿A qué clase de

ruedas crees que pertenecen?

Se agachó a mi lado, súbitamente interesado.

—Un coche inglés —opinó—. Esos neumáticos no son americanos, patrón.

—¿Estás seguro?

—Sí. Yo tuve un «Austin» hace algún tiempo. Venía con esa clase de gomas de origen.

—¿Hay coches de ésos como taxis?

—Claro. Pero ¿cómo sabe que se trata de un taxi? La mayoría de funcionarios ingleses poseen autos de su país.

—Eso es otro asunto. Vamos a ver dónde nos llevan las huellas.

Las seguimos en una distancia de unos cincuenta metros. Pero casi al borde de la playa descubrimos que el coche había girado a la derecha. Las huellas se perdían entre los arbustos y hasta que los escudriñé con la luz tuve la incertidumbre de si todavía seguiría escondido allí.

Pero excepto algunos matorrales aplastadas no había nada que indicase la presencia de un vehículo en aquella espesura.

Sin embargo quedaba algo más, y fue Jacques quien lo descubrió.

—Alumbre aquí, patrón —exclamó.

Señalaba un punto casi junto a sus pies, y al inclinarme vi que se trataba de una regular mancha de aceite. Alumbré los alrededores pero no pude descubrir ninguna otra.

—Le apuesto que ese coche ha permanecido ahí escondido un buen rato, patrón —comentó el taxista, satisfecho con su deducción —. Debe tener un escape en el *cárter*.

—Eso creo yo también, lo que me gustaría saber es qué demonios hacía oculto en el follaje.

Sin embargo, y suponiendo que se tratase del taxi que había trasladado a Myrna Ryan, el hecho de que hubiera permanecido escondido allí aclaraba la razón por la cual no lo habíamos visto nosotros en nuestro primer viaje.

Después de pensar en eso y en algunas cosas más reanudé el examen de la hierba aplastada por las ruedas. Llamé a Jacques para mostrarle la distancia de una rueda a otra según las marcas que habían dejado es su larga permanencia allí.

—Calculando esa separación de un eje a otro, Jacques, ¿qué

clase de coche crees tú que era ése?

—Cualquiera sabe… podía ser un «Austin» como el que tuve yo, o uno de esos «Morris» nuevos.

No repliqué, pero archivé el dato en mi mente. Después de eso, volvimos sobre nuestros pasos, pero decidí que todavía me quedaba la oportunidad de dar un vistazo al interior y dejé a Jacques protestando furiosamente junto al taxi.

Me encaminé directamente al despacho donde había descubierto el cadáver. El revoltijo de papeles sobre la mesa seguía igual, así como los dos vasos y la botella de *whisky*.

Pero el cadáver había desaparecido.

Quedé paralizado de estupor, sin dar crédito a lo que veían mis ojos, o, mejor dicho, a lo que no veían.

Cuando me recobré del sobresalto avancé hasta el lugar que había ocupado el cuerpo. Estupefacto, me cercioré de que hasta la mancha de sangre había sido lavada. Naturalmente, con un examen químico de los residuos del suelo, podría descubrirse la presencia de sangre humana, pero eso era algo que a mí me tenía sin cuidado en aquellos instantes.

Cuando me enderecé mi cabeza giraba como un torbellino, sin poder comprender absolutamente nada de aquel misterio. Me desplacé hasta la mesita, me envolví la mano con el pañuelo y agarré la botella, de la que engullí una buena parte del contenido. Era un *whisky* de primera calidad y contribuyó a que mis nervios dejaran de tirar en todas direcciones.

Tras un segundo ataque a la botella me enfrasqué en el examen de los papeles que llenaban la mesa. Eran facturas de distintos comercios, lavanderías, alquiler de coches y algunas correspondientes a hoteles de Nassau.

También encontré algunas cartas de amistades femeninas de Mulligan. Notas con la amenazadora prosa de los acreedores; dos o tres circulares del consulado de los Estados Unidos… y nada absolutamente de interés.

Después revisé los cajones de la mesa y hube de convencerme que allí estaba perdiendo el tiempo. Eché un último vistazo a las estanterías de libros y abandoné el despacho sintiéndome incapaz de perder el tiempo revisando también todos aquellos volúmenes cuidadosamente alineados en la biblioteca.

Tardé diez minutos en recorrer la planta baja, sólo para convencerme de que no habían dejado el fiambre en alguna otra habitación. Tras esto subí rápidamente las escaleras y dediqué mis esfuerzos a recorrer el piso superior.

Había distintas habitaciones, pero hasta que entré en un espacioso dormitorio no encontré algo de relativo interés; sobre el respaldo de una silla, cuidadosamente colocada, estaba la chaqueta de un *smoking* blanco con solapas de seda. Supuse que era la que le faltaba al cadáver, y me lancé a registrar los bolsillos.

Tuve suerte, aunque en aquellos momentos no pude saber en qué consistía. Pero comparado con el nulo resultado obtenido hasta entonces casi sentí deseos de gritar de entusiasmo.

En primer lugar, saqué el pasaporte de Jerry Mulligan. Tras comprobar que estaba en regla volví a dejarlo y saqué la cartera. Contenía la documentación personal de Mulligan, catorce dólares, once libras esterlinas, distintas tarjetas de visita que me guardé en mi bolsillo y una fotografía de mujer.

Me detuve a contemplarla. Era de una dama extraordinariamente hermosa, con rostro apasionado y ojos ardientes y una boca cuya belleza parecía empañada por una sombra de amargura.

Sin embargo, lo más interesante era la dedicatoria, escueta y expresiva:

Desesperadamente, Jane.

Guardé la fotografía junto con las tarjetas de visita y busqué en el otro bolsillo interior. Ése también me reservó una sorpresa, por cuanto encontré dos pasajes de avión para Nueva York vía Washington. Uno estaba extendido a nombre de Jerry Mulligan y el segundo al de Joyce Mulligan.

Perplejo, estuve mirándolos más de un minuto. Era la primera noticia que tenía de la existencia de una esposa del muerto. Me pregunté qué podría significar eso en relación con la dama de la fotografía, y ambas con el trabajo que yo tenía que realizar.

Acabé sin saber qué pensar de todo ello, pero me embolsé también los pasajes y hundí los dedos en el bolsillo superior de la chaqueta.

Tropecé con un diminuto envoltorio, que al sacarlo descubrí que era de papel delgado y encerado. Estaba amarillento y sucio, como si hubiera sido arrancado de otro mayor que hubiera permanecido largo tiempo encerrado.

Pero fue al desenvolver el pequeño envoltorio que me llevé la mayor sorpresa de la noche, al encontrarme con un maravilloso diamante entre los dedos.

Atónito, quedé unos segundos inmóvil con la mirada clavada en el pedrusco. A la violenta luz de la linterna eléctrica, el brillante despedía chispazos maravillosos, destellos deslumbrantes. Me fijé en que su talla era perfecta y que no mostraba trazas de haber sido engarzado jamás en una joya.

Acabé por envolverlo otra vez en el mismo papel y, al igual que la fotografía, los pasajes y las tarjetas, fue a parar a mi bolsillo.

Ya no hallé nada más en la chaqueta, exceptuando un paquete de cigarrillos recién abierto.

Me obligué a mí mismo a terminar el registro de la planta superior, a pesar de los poderosos deseos de salir de allí a toda velocidad. No me sentía nada tranquilo con aquel botín en mi poder.

Al fin regresé al taxi. Jacques se mordía las uñas de tan nervioso que estaba, y tan pronto me hube instalado en el asiento posterior, salió zumbando rumbo a la ciudad tan deseoso como yo de poner tierra de por medio entre *Sutton House* y el taxi.

Esperé a llegar a las primeras casas para decirle:

—Jacques, el cadáver había desaparecido. Ya no estaba allí.

El auto dio un violento bandazo y el negro soltó un juramento. No volvió la cabeza hasta que hubo enderezado el rumbo. Entonces gimió:

—¡No es posible! Usted quiere burlarse del pobre Jacques, patrón.

—Ojalá fuera eso, pero lo cierto es que el fiambre había volado. Alguien lo ha hecho desaparecer mientras estábamos en la ciudad dando vueltas como tontos y a mí me tumbaban de un mazazo en la nuca…

—Escuche, ¿por qué no nos olvidamos de eso? Nosotros no lo hemos matado, ¿no es cierto, patrón? Entonces dejémoslo como está. Puedo enseñarle toda la isla, ¿sabe? Llevarle a los lugares más

interesantes… sitios con lindas chicas, y *whisky*, y todo lo que pueda apetecer. Conozco todos los rincones.

—Olvídalo. Tengo un trabajo que hacer, Jacques, y por el cual me pagan, así que será mejor que sujetes tus nervios y tengas cuidado con quién hablas de ahora en adelante.

Suspiró resignadamente y ya no volvió a hablar hasta que detuvo el coche frente a mi hotel.

—Ahora puedes acostarte un rato, Jacques. Cuando te necesite te buscaré.

—Eso me temo, patrón… Esas cosas sólo me ocurren a mí… Está amaneciendo, ¿se da cuenta? Éstas no son horas de acostarse.

—Es una hora tan buena como otra cualquiera.

—¿Cuándo piensa pagarme, patrón?

—No ahora. Estoy seguro que si tenías todo el dinero en tu bolsillo desaparecerías del mapa hasta que yo hubiera abandonado la isla. Aquí tienes diez dólares como anticipo.

Refunfuñó su desagrado por esta solución, pero como era cierto que amanecía rápidamente lo dejé en la acera y entré al hotel. Resistí la mirada de reproche del empleado de turno, subí a mi habitación y tras quitarme las ropas me tendí en la cama. Quedé dormido al instante, a despecho de la multitud de pensamientos que me asaltaban, y no era el menos importante el que giraba en torno al extraño comportamiento de Myrna.

Ella me había dicho que había despedido y pagado al taxista, el mismo que según todos los indicios había escondido el coche entre la maleza. *Okey*, eso parecía claro, pero ¿cómo pensaba regresar Myrna? A menos que hubiera decidido pasar la noche en *Sutton Home*, cosa que no me parecía lógica.

Ése fue también el primer pensamiento que me asaltó cuando abrí los ojos por efectos del sol, que ardía sobre mis piernas desnudas al penetrar por la ventana abierta.

Escapé de aquel foco de calor y me refugié bajo la ducha.

Era poco después de mediodía cuando abandoné la habitación en busca de algo sólido que llevarme al estómago. Ni siquiera mientras me alimentaba dejé de darle vueltas al problema.

Después de satisfacer el apetito anduve sin prisas hacia el hotel *Windsor*. Afortunadamente, el recepcionista no era el mismo que yo conocía y me trató con amable deferencia.

No mostró ninguna sorpresa cuando le pregunté por Myrna Ryan, pero dijo:

—Ha salido muy temprano, señor.

—Pero sigue alojada en el hotel, ¿no es cierto?

—Naturalmente.

—Me gustaría saber dónde ha ido… Es urgente que hable con ella.

—En eso no puedo ayudarle, lo siento mucho.

—¿Ha salido sola?

—Sí, pero había un auto aguardándola, con un caballero al volante.

—¿Se ha fijado usted en ese caballero?

—No, señor.

Salí del hotel sin saber a ciencia cierta qué podía hacer para cumplir con el encargo que tenía. Nada de cuanto había logrado hasta aquel momento me servía para averiguar lo que mi cliente deseaba.

Entré en un bar y llamé a Jacques. Me dijeron que estaba limpiando su coche y hube de aguardar un buen rato hasta que oí su voz.

—Vas a hacer un trabajo para mí —le espeté—. Averigua quiénes de tus colegas poseen un «Austin» o un «Morris». ¿Comprendes? Confecciona una lista y más tarde me la darás.

—¿Sigue usted manteniendo la misma tarifa que establecimos para anoche?

—Así es.

—Bueno, pero todavía me debe la mitad de la de ayer, no lo olvide. Esta tarde podré darle esa lista, y si me es posible veré quiénes son los que llevan neumáticos como las señales que vimos anoche.

—Buen chico.

Colgué, bebí un *whisky* con hielo en la barra y volví a la calle. Hacía un calor bochornoso que pegaba la ropa al cuerpo, pero afortunadamente al borde de las casas de aquel lado de la calle se extendía una estrecha sombra por la que uno podía moverse sin quedar tostado.

Necesité preguntar a unos y a otros para orientarme, pero al fin localicé la dirección que llevaban la mayoría de las facturas que

había visto en *Sutton House*. Por lo visto. Mulligan tenía su domicilio habitual en la ciudad y aquella finca de recreo le servía sólo de refugio cuando quería aislarse o recibir a sus admiradoras.

La casa era de dos plantas y estaba encajada entre dos edificios comerciales. La puerta de la calle estaba cerrada y me pregunté si sería una sola vivienda o alguien más ocuparía el piso.

Salí de dudas preguntando a la mujer que barría el portal de la casa de enfrente.

—No, señor —dijo con una voz débil y cascada—. Míster Mulligan es el único inquilino.

E] tiene los dos pisos.

Le di las gracias, atravesé la ardiente calzada y probé el tirador de la puerta. Ésta se abrió y me colé al interior antes que nadie pudiera fijarse en mi maniobra.

Me encontré en un pequeño vestíbulo al que se abrían tres puertas, una en cada pared. La del fondo estaba abierta y empecé mi recorrido por ella. Me encontré en un pasillo. Me disponía a seguir adelante cuando percibí un rumor procedente del fondo, detrás de una puerta entornada.

Sobresaltado, me acerqué a ella silenciosamente. Alguien estaba revolviendo allí dentro. Sonó el golpe de un cajón al cerrarse con demasiada energía, unos pasos moviéndose, titubeando…

Atisbé por la rendija de la puerta. El hombre estaba de espaldas a mí, era de estatura mediana y lucía una calvicie total y completa. Su cráneo era semejante a una bola de billar.

Cuando se movió pude verle la cara. Tendría cerca de los sesenta años, pero era fuerte y bien conservado. Su piel era sonrosada y sólo las arrugas delataban su edad.

Acabé de abrir la puerta y entré en la habitación que era un dormitorio desordenado. El individuo pegó un salto y retrocedió. Tardó algunos segundos en recobrar la voz.

—¡Maldito sea! —resopló—. Creí que era Mulligan.

—¿Qué demonios está usted haciendo aquí? No creo que Jerry le haya invitado a registrarle la casa.

—¡Demonios, no! —Iba recobrando la serenidad por momentos. Pensé sacar el revólver y mostrarme rudo, pero no parecía peligroso y aplacé la exhibición.

—¿Qué buscaba usted, amigo? —pregunté, avanzando hacia él

resueltamente.

—Algo con que cobrarme lo que me debe *ese* bastardo —explotó con un recio bufido—. Se ha burlado de mí, me ha convertido en un monigote entre todas mis amistades… y me debe casi dos mil dólares. He pensado que quizá pudiera encontrar algo con que cobrarme.

—Está usted mintiendo y lo hace muy mal. Voy a darle muchos disgustos si sigue así. A propósito, ¿cómo se llama, compadre?

—Harrigan. Y usted, ¿quién demonios es?

—También a mí me debe algo su amigo.

—Ya veo; ha venido con la misma intención que yo…

—Nada de eso. Yo esperaba sorprender a Mulligan —mentí—. ¿Le conoce usted bien?

—¿A ésa sanguijuela? ¡Ya lo creo! Es el embrollón más grande con que he tropezado jamás.

—¿Sabe si está casado?

—¿Mulligan? ¡Qué va, hombre! Incluso para las mujeres es un cerdo… Y lo sorprendente es cómo se enamoran de él, aunque eso confirma lo estúpidas que son.

—Comprendo. Ahora dígame qué buscaba, pero sin más embustes. Quizá si unimos nuestros esfuerzos tengamos más suerte.

—Mire, creo que voy a largarme de aquí. Si él llega y nos sorprende lo pasaremos mal… es muy violento de carácter y no quiero tener que pelear con él. Usted puede quedarse si se le antoja.

—Usted no se moverá de aquí hasta que me haya dicho todo lo que quiero saber. No olvide que ha entrado violentando una puerta, y eso a la policía no le gusta.

—¿Y cómo ha entrado usted? No creo que tenga una invitación del dueño de la casa.

—La puerta estaba abierta. Quería hablar con Mulligan y he entrado, sorprendiéndole a usted cuando estaba revolviendo todo esto. Los polis pensarán que intentaba usted robar. ¿No le parece que está en una posición muy delicada?

—Pero eso es falso. Usted mismo me ha dicho que…

—Olvídese de lo que he dicho. Le estoy detallando qué declararé ante la policía.

—Valiente bastardo…

—Hable ahora, Harrigan, y no habrá complicaciones. Intente

mentir y telefonearé a la policía.

No necesitó mucho tiempo para pensarlo.

—Bueno, me ha pillado usted, amigo; le contaré la verdad.

Le animé con un gesto. El empezó a hablar mientras yo encendía un cigarrillo.

—Ya sabe usted que Mulligan es un bebedor empedernido. Algunas veces llega demasiado lejos y se emborracha, y cuando eso sucede se convierte en un muñeco que cualquiera puede manejar… Bien, lo cierto es que no hace ni una semana que pilló una borrachera de campeonato. Habló por los codos y dijo algo que me interesó desde el principio.

—¿Qué fue lo que dijo?

El tipo tragó saliva y añadió:

—Dijo que estaba esperando una oferta de ciertos individuos de Estados Unidos. Ésos iban a mandarle un intermediario. El poseía algo que esos hombres querían_ pero lo tenía guardado en un lugar seguro. Esperaba cobrar una fuerte suma a cambio del secreto del escondrijo… y con ese dinero podría pagar sus muchas deudas y todavía le quedaría suficiente para montar un negocio.

—¿Qué era lo que tenía escondido?

—Eso no pude saberlo, pero desde entonces he estado aguardando la oportunidad de entrar aquí.

—¿Por qué? ¿Pensaba que el escondrijo estaba en esta casa?

—Pudiera ser…

—Tonterías. Si se trata de algo realmente valioso lo tendrá en un lugar más seguro. El hombre se encogió de hombros. Su inquietud crecía por momentos.

—Dígame, ¿qué sabe usted de las mujeres con las que Mulligan tiene relaciones?

—Bueno, han habido muchas… pero actualmente su estrella parece haber declinado un poco. Sólo parece ocuparse de una de ellas, una chica llamada Fenton. Está empleada en un club nocturno.

—¿En cuál?

—Creo que en el *Laurel*, aunque no estoy seguro.

—¿La conoce usted?

—No la he visto nunca. No suelo frecuentar esos clubs de lujo.

Pensé que no necesitaba enseñarle la fotografía. Aunque el

nombre no estuviera completo en ella, podía tratarse de la misma mujer, más si aquel tipo no la conocía no era necesario levantar la caza demasiado pronto.

—Bueno, creo que ahora puede largarse de aquí —decidí—. Yo esperaré a Mulligan. Voy a probar suerte… tal vez haya recibido ya ese envío de fondos que ha de sacarlo de apuros.

—No lo creo, pero allá usted. Si conoce a Mulligan ya sabrá que es peligroso.

Me dije que había dejado de serlo la noche anterior. El fulano se despidió apresuradamente y me dejó solo. Cuando él hubo salido fui a la puerta de la calle y la cerré por dentro, asegurándola con el pestillo.

Perdí más de una hora registrando toda la vivienda. No encontré absolutamente nada de interés.

Abandoné la casa y esta vez dejé la puerta abierta de par en par. Alguien daría la alarma… y ya era hora de que interviniese la policía.

CAPÍTULO VI

Míster Randolph Nutting vivía rodeado de riqueza y esplendor, en una villa aislada en la falda de vina colina, a menos de dos millas del distrito residencial. Al ver aquel despliegue de riqueza, Jacques no pudo contener un silbido de asombro.

—He oído hablar mucho de míster Nutting —gruñó—, pero nunca había visto su residencia… Ni el gobernador tiene mejor casa en Nassau.

Contra lo que podía esperarse de aquel altivo *gentleman*, me introdujeron en un despacho amueblado regiamente con sólo anunciarme.

El gran hombre me miró a través de su gran mesa de caoba y gruñó:

—No ha emprendido usted el viaje, Beeler…

—Ya le dije que no lo haría.

—¿Por qué ha venido aquí?

—Quiero discutir algunos puntos con usted, y no es necesario que me haga una demostración de lo importante que es. Sus sirvientes no podrán echarme fuera hasta que hayamos terminado.

—Creo que valora en muy poco a mis servidores, Beeler. Empezó a levantarse pesadamente. Yo dije:

—Usted odiaba a Mulligan, Nutting.

—Es todo un descubrimiento por su parte.

—¿Lo mató debido a ese odio?

Se inmovilizó repentinamente, un poco encorvado sobre la mesa.

—Repítalo —graznó.

—No haga teatro _ por favor.

—¿Pretende hacerme creer que Mulligan ha sido asesinado?

—Ajá, veo que su mollera no es tan dura como parece. A

propósito, ¿qué clase de revólver usa usted?

—Un «38», pero no… Basta —exclamó al darse cuenta de que estaba respondiendo a mis preguntas—. No le consiento esa desfachatez. ¿Cómo sabe usted que Mulligan está muerto?

—Lo encontré anoche con un balazo en el pecho. Pero sucedió algo curioso… cuando volví al lugar del crimen el cadáver había desaparecido. ¿Qué sabe usted de eso, Nutting?

El hombre iba de sorpresa en sorpresa.

—¿Quiere decir que alguien se lo llevó?

—Eso parece.

—No puedo creerlo… No estaría muerto y cuando se recobró…

—Sé reconocer un cadáver sin lugar a dudas —le interrumpí— y Mulligan estaba bien muerto cuando yo lo encontré. Me parece que esta vez va usted a verse metido en un buen escándalo, le guste o no.

—¿Escándalo? —me contempló como si me creyera loco—. ¿Por qué tendría que verme complicado en ese crimen, suponiendo que haya sido cometido?

—Porque yo declararé que usted odiaba ciegamente a Mulligan, y añadiré que me amenazó a mí si trataba de ayudar a éste… Por mucha influencia que tenga usted, los jueces tendrán que actuar les guste o no.

—Podría demostrarle lo equivocado que está… pero eso requeriría una sucia publicidad. ¿Cuánto quiere, Beeler?

—Usted califica a los demás según su propia imagen, ¿no es así? Pero esta vez ha errado el tiro. No he venido aquí en busca de dinero.

—¿Qué pretende, entonces?

—Informes, Nutting. Quiero saber por qué odiaba usted a Mulligan hasta esos extremos.

—¿Para qué? No es nada que le concierna…

—Eso lo decidiré yo —le espeté—. Tengo la esperanza de que profundizando en la vida y relaciones de Jerry Mulligan conseguiré aclarar lo que verdaderamente me interesa.

—Odio el escándalo —masculló—. Toda la gentuza se nutre de cuanta materia sucia y pestilente le ponen al alcance de la mano los periódicos y revistas.

—Sin embargo, esa materia sucia y pestilente de que habla son

ustedes quienes la ponen en circulación, pero no he venido a discutir esos temas con usted.

—Todo viene a girar alrededor de lo mismo. ¿Qué piensa hacer con lo que yo le diga?

—Olvidarlo si no me sirve para solucionar mi problema. Titubeó. Cuando adoptó una decisión dijo:

—Mulligan era un hombre apuesto y atractivo. Había a su alrededor ese velo de misterio que tanto atrae a las mujeres… En realidad, era un pervertido, disoluto y sin escrúpulos. No respetaba nada que se interpusiera en sus torcidas apetencias.

—¿A dónde quiere ir a parar?

—Mulligan sedujo a mi esposa, ésa es la explicación —confesó con voz sorda—. Lo supe por casualidad, y lo comprobé después al sorprenderlos en una finca que él tiene alquilada cuyo nombre es *Sutton House.*

La cosa parecía bastante verosímil, no obstante seguí adelante.

—¿Y qué hizo usted?

—Nada.

Pegué un respingo.

—¿Cómo que nada? Usted sorprendió a su propia esposa con Mulligan y quiere hacerme creer que se quedó tan fresco. ¿Por quién me toma?

—Podía haberlo matado entonces… o haber terminado con los dos. Pero ni uno ni otra valían lo suficiente para que yo me ensuciase las manos, manchando mi nombre y deshonrándome para toda la vida. No, Beeler, mi posición está por encima de esas miserias. Me limité a llevarme a mi esposa. Oh, tuvimos una escena tremenda y ella se deshizo en llanto y… Pero está fuera del asunto.

—Hasta aquí lo comprendo, pero si tanto odiaba a Mulligan, ¿por qué ese interés en que permaneciese en la isla? De haberle podido pasar mi oferta se habría marchado de aquí dejándole en paz definitivamente.

—Demasiado fácil para él —dijo con los dientes apretados—. Yo quería verlo hundido y arruinado, despreciado por todo el mundo, encerrado en la cárcel por estafador… deseaba contemplar su final y que mi esposa pudiera verlo también para que se convenciera de la clase de puerco que era su enamorado de ocasión. ¿Comprende ahora? Si usted, tal como él había afirmado, le proporcionaba

dinero en abundancia, seguramente hubiera abandonado la isla, pero como triunfador, como hombre rico capaz de burlarse de todos nosotros… de mí. Después de haberme escarnecido hubiera seguido riéndose de mi nombre.

—¿Se da cuenta que está describiéndome unos excelentes motivos para haber matado a Mulligan? Usted ya sabía que yo iba a marcharme sin hacerle mi oferta de manera que si él la aceptaba todo cuanto usted acaba de decir respecto a su triunfo…

Se disponía a replicar airadamente cuando una voz que temblaba de ira interrumpió desde la puerta.

—¡Le has matado… tú lo has asesinado a causa de tu maldito orgullo!

Nos volvimos en redondo. En el umbral, tensa como un cable de acero, estaba el original de la fotografía que Mulligan llevaba en la cartera. Era tanto o más hermosa que en la reproducción, pero en aquellos momentos sus facciones estaban desencajadas por la tensión a que estaba sometida.

El orgulloso míster Nutting palideció.

—¡Has estado escuchando detrás de la puerta! —le reprochó—. Igual que una vulgar sirvienta… Me has espiado…

—¡Asesino! —gritó ella, más iracunda que impresionada.

—¡Cállate! Si no lo hice aquella tarde no tenía por qué hacerlo ahora.

—Era distinto. Ese forastero acaba de arrancarte tus motivos para asesinarlo… no podías perdonarle que, después de mancillar tu escudo heráldico se marchara de aquí como triunfador.

El desgarrado sarcasmo de aquella voz daba escalofríos. La mujer estaba al borde de un ataque de nervios.

Pálido como un sudario. Nutting avanzó hacia ella y trató de sujetarla por los brazos, no obstante ella fue más veloz y se apartó de un brinco.

—¡No me toques! —chilló.

El se inmovilizó. Con voz ronca dijo:

—Estás loca, Jane. Siempre lo has estado con tus constantes arrebatos… A eso te ha conducido tu desvergonzado erotismo.

Sin ni siquiera dirigirme una mirada, abandonó el despacho y sus pasos resonaron marcialmente al subir una escalera.

Jane Nutting permaneció inmóvil unos segundos. Después

avanzó y se derrumbó sobre una butaca.

Me acerqué a ella. Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—Cálmese —dije—. ¿Cree realmente que ha sido su marido quien ha matado a Mulligan?

—¿Quién si no? Estaba corroído por los celos. Es déspota, orgulloso y esclavo de su maldita alcurnia. Y es rencoroso… no olvida jamás…

Sus palabras destilaban odio, un odio frío y mortal. Las lágrimas se desprendieron de sus ojos y se deslizaron por las mejillas.

Entonces pregunté:

—¿Estuvo ausente de casa anoche su marido?

—Sí… él dijo que se marchaba al club…, pero yo sé que no es cierto. No estuvo en su club en toda la noche. Y regresó muy tarde.

—Ya veo…, pero ¿cómo sabe que no estuvo en el club?

—Porque telefoneé. Yo también deseaba salir y temía que pudiera espiarme… a veces lo hace.

—¿Pensaba reunirse con Mulligan?

—No… sólo deseaba verme fuera de esta casa aunque sólo fueran un par de horas. Es insoportable vivir bajo este techo…

—Dígame una cosa, señora, ¿le habló Mulligan alguna vez de algo muy valioso que tenía guardado en alguna parte?

—Sí.

Mi corazón dio un salto. Si ella estuviera también enterada del escondrijo…

—¿Le dijo qué escondite era ése?

—Eso no, pero me aseguró que era su seguro de vida, que cuando quisiera podría conseguir una fortuna.

—¿Qué pensó usted que era lo que tenía guardado?

—No lo sé, nunca me detuve a pensarlo. Tal vez acciones… o el emplazamiento de algún yacimiento en Brasil… El había residido cierto tiempo en Sao Paulo… Me contó que había pasado algunos meses en Colombia, pero que a causa de haberse mezclado en la política del país, se vio precisado a abandonarlo. Entonces fijó su residencia en Sao Paulo, hasta que se cansó y se trasladó aquí.

—Comprendo… Gracias por su amabilidad, señora. Creo que puedo devolverle esto para su tranquilidad.

Le ofrecí la fotografía. Se quedó muy quieta, mirándola, y cuando la tomó sus manos temblaban violentamente.

Poco a poco levantó la cara y me miró por entre sus lágrimas.

—Gracias… —murmuró solamente.

Nadie acudió para escoltarme hasta la verja de salida. Jacques salió al suelo cuando me vio y sostuvo la portezuela abierta.

—¿A dónde vamos ahora? —quiso saber.

—Empezaremos a recorrer tu lista de taxis. Sonrió de oreja a oreja, orgulloso de su obra.

—Podemos empezar por los tres que he señalado con lápiz rojo. Son los que he podido averiguar que van equipados con ese tipo de cubiertas. Claro que pueden haber otros que las lleven, eso habrá que verlo en cada coche.

Nos alejamos de la magnífica residencia, un lugar que a pesar de su riqueza encerraba un oscuro drama que podía estallar en cualquier momento con la violencia de un huracán. Mientras duró el trayecto no pude apartar de mi mente la atormentada cara de Jane Nutting…, y la dedicatoria de la fotografía:

Desesperadamente, Jane.

Capítulo VII

El tercero de los taxis que examinamos tenía un escape de aceite en el tapón del *cárter*. Eso, y los neumáticos con el dibujo que habíamos visto en las huellas, me hizo estar razonablemente seguro de estar en presencia del coche que se había escondido entre la maleza, cerca de *Sutton House*.

El «Austin» estaba todavía en el garaje, un cobertizo adosado a la trasera de una casa de adobes y techo de zinc perteneciente al taxista.

Pero éste no se encontraba en casa. Sólo estaba allí su mujer, muy disgustada por el hecho de que su marido hubiera salido aquella mañana sin el coche, lo que era tanto como decir que en ese día no ganaría su jornal.

—Y vestido con el mejor traje —se lamentó la mujer—. Como si fuera a una fiesta… y el coche ahí parado, sin ganar un penique.

La dejamos sumida en sus lamentaciones. Jacques gruñó:

—Todas las mujeres son iguales, patrón; sólo les interesa sacarles los cuartos a los hombres.

Estuve a punto de hablarle de Jane Nutting, pero lo dejé correr. En lugar de eso le pregunté:

—¿No tienes idea de dónde podríamos encontrar al chófer de ese taxi? Sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Cualquiera sabe —refunfuñó—. Ya ha oído a la mujer…, se ha vestido como para una fiesta. ¿Sabe usted lo que pienso? Que tenía alguna cita con alguna chica, ahí está el misterio.

—¿Crees que si fuera así no se hubiera llevado el coche?

—Claro que no. No podemos abandonar el taxi en las calles sin que los policías nos pongan una multa.

—Ya veo. Llévame al *Windsor*.

El mismo empleado con el que ya había hablado por la mañana fue quien me recibió.

Me reconoció y movió la cabeza de un lado a otro.

—Todavía no ha regresado —exclamó sin necesidad de preguntarle.

Contrariado, me pregunté si habría abandonado la isla, pero no me pareció que el *Windsor* fuera un hotel del que uno pudiera largarse sin abonar la cuenta. Eso sin contar con que el equipaje debía seguir en su habitación.

Estaba por volverme, cuando un hombre se detuvo a mi lado y pidió la llave de su habitación. Lo miré distraídamente, pero instantáneamente algo como un timbre de alarma replicó en alguna parte de mi mente. Era un tipo fornido, casi tan alto como yo y llevaba el cabello cortado a cepillo. Y era de color castaño oscuro y sus facciones tenían mucha semejanza con las de un boxeador.

La empleada del aeropuerto de Miami lo había descrito perfectamente. Esperé a que tuviese la llave en la mano antes de soltarle:

—¿Qué tal, Johnny?

Se volvió y me vio. Sufrió un sobresalto al reconocerme, aunque logró dominarse casi al instante.

—Debe tratarse de un error —dijo forzando una sonrisa—. Mi nombre no es Johnny.

—¿Y qué importa un nombre, compañero? Ése es el que le di a la chica de Miami cuando me habló de usted.

Un relámpago de comprensión se encendió en su mirada, pero continuó en su papel.

—Insisto en que se trata de una equivocación por su parte.

—Nada de equivocaciones. ¿Dónde está Myrna? También a ella deseo verla cuanto antes.

Se encogió de hombros y compuso una expresión casi ultrajada. Entonces añadí:

—Tengo una deuda con usted, camarada. Primero, la broma de Miami, con el sueño en la trasera del «Cadillac». Y luego el golpe a traición arriba, en la habitación de la hermosa Myrna… Usted y yo vamos a tener un cambio de impresiones y será a mi manera.

—Oiga, me está cansando. Creo que deberé llamar a los empleados para que le echen a la calle.

—Es curioso la cantidad de gente que desea arrojarme a la calle estos días. Veamos, tipo listo, si es tan ligero de mollera como de manos. Anoche sorprendí a tu amiga en compañía de un fiambre. Casi estoy seguro que ella no lo mató, pero usted sí pudo hacerlo… Es la clase de crimen que cometería sin pestañear siquiera. Porque, amigo, usted estuvo anoche en casa de Mulligan.

Fue un tiro al azar, pero si di en el blanco no lo demostró. Estaba pensando furiosamente en la manera de deshacerse de mí sin demasiado escándalo, y al final encontró la solución.

—No sé de qué tonterías está hablando —gruñó— pero no me parece éste el lugar indicado para discutir. Le permito que suba a mi habitación y allí podré disipar todas sus absurdas dudas y sospechas.

—¿Con qué piensa hacerlo, con la culata de su revólver o con un rompecabezas?

—Está chiflado.

Giró sobre los talones, dispuesto a dejarme plantado. Tuve el tiempo justo de sujetarle por un brazo y le obligué a dar la vuelta.

—Sin prisas, compañero. Usted y yo vamos a darnos una vuelta por la comisaría de policía.

Era una amenaza sin fundamento porque yo era el menos interesado en meter a la policía en el asunto. Pero al tipo no le gustó poco ni mucho la iniciativa.

Miró fugazmente a su alrededor. Nadie parecía prestarnos atención. El recepcionista había vuelto a enfrascarse en el repaso del libro registro. En el ascensor había un botones sentado dentro y leyendo un periódico. Dos hombres más hablaban muy quedo en el más lejano rincón del gran vestíbulo.

—Está bien si lo quiere así —refunfuñó—; iremos a la policía y espero que aquí las leyes sean más rígidas que en nuestro país.

Mientras hablaba echó a andar, pero desviándose un poco de la salida. No era tan listo como creía.

Esperó hasta que tuvo cerca un arco que daba paso al salón de descanso. Entonces descargó un golpe corto dirigido más abajo de mi cinturón y que de haberme alcanzado me hubiera lanzado de cabeza al solitario salón. Pero pude esquivar gracias a estar prevenido y la misma inercia del impulso lo acercó tanto a mí que sólo necesité girar medio cuerpo y mi puño derecho se le incrustó

bajo el mentón con un impacto terrible.

Ahogó un gemido y retrocedió a trompicones. Le seguí a la solitaria estancia y llegué junto a él en el momento que lograba recobrar el equilibrio. No había duda que era un tipo duro y entrenado; otro cualquiera, al encajar un mazazo semejante, habría rodado por el suelo sin conocimiento.

No obstante, me lancé sobre él y conseguí conectarle un directo al corazón que le arrancó un verdadero sollozo de dolor.

Se revolvió como una fiera. Paré un zurdazo estremecedor con el antebrazo, retrocedí unos pasos y el grandullón se me vino encima como una tromba.

Inicié una finta con la izquierda amenazándole el estómago y de nuevo le cacé bajo el mentón. Sonó un chasquido en sus mandíbulas y el fulano salió lanzado como empujado por una catapulta. No paró hasta que una mesa detuvo su carrera.

Hasta aquel momento todo se había desarrollado en silencio y nadie parecía advertir lo que estaba ocurriendo en el solitario salón, pero de un momento a otro podían sorprendernos de manera que era cuestión de terminar cuanto antes.

Esperé su próxima acometida, pero esta vez me pasé de listo. Traté de engañarlo nuevamente con un golpe distinto que jamás llegó a su destino. Algo semejante a la coz de una mula casi me levantó del suelo y me dobló por la mitad. Recorrí medio salón dando boqueadas y con las manos engarfiadas en el estómago. Cuando comprendí que me había clavado la punta de su enorme zapato en la barriga rechiné los dientes y me detuve.

Ya era tiempo; el grandullón se había acercado de nuevo y parecía estudiar la manera de aplastarme rápidamente. Enseñaba los dientes en una mueca de brutalidad satisfecha. Salté y fue en los dientes donde le clavé el puño derecho. El golpe repercutió hasta mi hombro, y todavía estaba gruñendo de dolor cuando le machaqué el hígado con la izquierda.

Incluso para un fulano tan duro como él ese castigo resultó excesivo. Dio un traspié, giró sobre sí mismo y fue dando bandazos hasta el otro lado del salón. Allí se detuvo escupiendo sangre y algunos clientes, pero demasiado ocupado en acariciarse el hígado para molestarse por aquella minucia.

Sólo se movió cuando me vio llegar. Entonces se enderezó y

enarboló sus grandes puños, dispuesto a poner en práctica los trucos aprendidos a lo largo de su larga carrera de *sparring*.

Pero yo ya había decidido dejar las reglas a un lado y le incrusté el zapato bastante más abajo de donde había apuntado él.

Esta vez se olvidó de la discreción y emitió un largo aullido, al mismo tiempo que caía de rodillas hasta que pareció besar el suelo, doblado completamente. Allí donde puso la cara quedó una pequeña mancha de sangre.

—Tal vez ahora te muestres más razonable —dije, respirando entrecortadamente.

Trató de levantarse. Sus ojos estaban inyectados en sangre y poseían un brillo de locura homicida. Me estremecí sólo de imaginar lo que semejante gorila me haría si encontraba ocasión.

Todo lo que logró fue quedar de rodillas. Resultó una tentación demasiado fuerte para resistirla. Yo no la resistí y le obsequié con un puntapié en el cuello que le obligó a dar una voltereta y caer de espaldas, boqueando como un pez fuera del agua y arañando las baldosas con sus dedos engarfiados.

Aproveché para registrarle los bolsillos. Llevaba una cachiporra corta, de profesional, y un cuchillo de hoja retráctil. Pesaba lo suyo y la larga empuñadura era de hueso con diferentes grabados en relieve. Se adaptaba a la mano como un guante.

Casi tardó dos minutos en poder introducir aire suficiente en los pulmones. Entonces respiró golosamente y se sentó en el suelo. Cuando vio que me acercaba a él retrocedió ayudándose con las manos hasta que su espalda tropezó con la pared.

—Así está bien, compañero —dije, burlón—. ¿Crees que estás en condiciones de hablar?

—Váyase al infierno Beeler.

—Ya no quieres seguir con la comedia, ¿eh? —comenté al escuchar mi nombre—. *Okey*; ¿dónde está Myrna?

—Ya le he dicho que tome el camino del infierno…

Hice saltar el terrible cuchillo en la palma de la mano, aunque sin sacar la hoja.

—¿Qué te parecería una caricia con tu propio juguete? Ni pestañeó siquiera. Tampoco respondió.

Entonces apreté el botón y lancé la mano hacia delante. La brillante hoja saltó con un chasquido espeluznante. El grandullón

hizo una mueca de pánico y tiró la cabeza hacia atrás huyendo del acero.

Se propinó un batacazo en la pared y su cráneo sonó sordamente. La mortal hoja tenía unas cinco pulgadas de longitud y eran tan afilada como una navaja de afeitar. Una herramienta de profesional.

—La próxima vez no detendré el golpe —le advertí—. ¿Dónde está Myrna?

—No se atreverá usted… van a descubrirnos en cualquier instante…

—Antes que eso suceda tú tendrás la cara hecha unos zorros.

Describí otro arco de abajo arriba con el brazo. El creyó que era otro avance sólo para ponerle nervioso y no movió la cabeza. La afilada punta abrió un fino surco en su mejilla y al instante aparecieron pequeñas gotitas de sangre.

Llevóse la mano a la herida con un gesto de incredulidad. Cuando la retiró manchada de sangre casi se echó a llorar. No podía comprender que aquello estuviera sucediéndole a él precisamente, y con su propio cuchillo.

—Mira, grandullón —le espeté—; hasta ahora he recibido yo los golpes y las raciones de soporífero, pero esto se ha acabado. Ahora vas a ser tú quien encaje todos los palos que se pierdan a menos que sueltes la lengua. Y sigo haciéndote la misma pregunta.

Miró el cuchillo que lanzaba destellos en mi mano. Después me miró a mí y se decidió.

—Se ha trasladado a una residencia privada…, no queríamos que usted pudiera volver a encontrarla antes que todo estuviese terminado.

—¿Qué residencia es ésa?

—Es sólo para mujeres. Residencia Mohama…

—Bueno, ahora, antes que alguien venga a interrumpirnos, cuéntame cuál es la idea general de este embrollo. ¿Por qué tanto interés en echarme a la cuneta?

Asombrado, me miró sin dar crédito a lo que oía.

—¿Usted no sabe…?

—No.

Como pudo se enderezó y fue a sentarse en una cómoda butaca en la que se hundió.

Desde ella resopló.

—Es para volverse loco… Un millón de pavos en juego y usted pregunta que de qué se trata… Está bien, voy a decírselo.

Introduje la hoja en la empuñadura de la navaja, satisfecho del éxito que acababa de obtener. Al fin iba a saber en qué consistía el condenado embrollo y quizá sabiéndolo pudiera descubrir también lo que estaba buscando.

Pero me había confiado demasiado pronto, aparte de que la facultad de recuperación de aquel individuo era algo prodigioso. Ni siquiera advertí que se preparase para saltar, pero cuando lo hizo salió proyectado hacia adelante con la cabeza baja, encorvado y su cabeza golpeó mi estómago como una bala de cañón.

Aterricé al pie de una butaca. De no haberme parado el mueble, hubiera atravesado la pared.

Me revolví en el suelo como un gusano y batallé tenazmente para no perder el conocimiento. Conseguí sentarme en la butaca y miré a mi alrededor. A pesar de la bruma que había ante mis ojos, pude ver que me hallaba solo en el salón. El gorila había desaparecido, y no era fácil que pudiera encontrarle en su habitación.

Me recosté en el respaldo y cerré los ojos. El zumbido de mis oídos se extinguió lentamente, pero el sordo latir de mi dolorido estómago tardó bastante más tiempo en amortiguarse lo suficiente para que pudiera valerme de mí mismo para moverme.

Con amarga ironía, calculé que ya era la tercera vez que aquella pareja conseguía ponerme fuera de combate. Por poco que pudiera evitarlo, no habría una cuarta. Ya era hora de que el revólver entrara en funciones.

CAPÍTULO VIII

Hice que Jacques me llevase a mi hotel, donde me duché y cambié de ropa. Me sentía francamente mal y mi humor descendía cada vez más a medida que pensaba en lo sucedido.

Ya era inútil tratar de localizar a Myrna en la residencia para mujeres. Era seguro que el gigantón se habría apresurado a ponerla sobre aviso…

Y eso también me disgustaba. No podía apartar a Myrna Ryan de mi mente hasta el punto de que la disociaba por completo del gorila que la acompañaba. Incluso me parecía absurdo que ella pudiera fiarse de aquel pedazo de bestia traicionero y carente de seso…

Cuanto más pensaba en todo el incomprensible lío, más me reafirmaba en una idea aparentemente absurda que había nacido a raíz de la conversación con Jane Nutting. Esa idea encajaba con otros detalles que considerados individualmente carecían de sentido. Era absurdo y hasta ridículo formarse un bosquejo del misterio y no ver ni el menor rastro de luz en que verdaderamente me interesaba y para lo cual me pagaban.

Una vez reparados los desperfectos del combate, regresé al taxi de Jacques, que aguardaba fielmente en el aparcamiento del hotel. El negro estaba enfrascado en la lectura de un periódico y ni siquiera advirtió mi llegada.

Cuando le toqué en el hombro pegó un brinco.

—Ya está, patrón —exclamó.

—¿Qué es lo que está?

—Han encontrado un cadáver.

Le arrebaté el periódico de las manos. El siguió con voz asustada:

—Flotaba en el mar cuando unos nadadores lo han descubierto.

Se trata del mismo que…

—Cállate; ya sé leer —le atajé, nervioso.

En efecto, habían hallado el cadáver de Jerry Mulligan, con un balazo en el pecho y flotando en las aguas de una playa solitaria, no muy lejos de la carretera de la costa.

El periodista comentaba que ésa era una muerte de la que nadie había sospechado que acabaría el mujeriego Mulligan. Todos los indicios hacían suponer que, en caso de muerte violenta, el apuesto *gigoló* habría acabado en manos de una de sus despechadas amantes en un arrebato de celos. Sin embargo, semejante manera de cometer el crimen descartaba esa hipótesis, ya que el cadáver debía haber sido cargado en una lancha y arrojado al mar a alguna distancia de la costa.

Devolví el periódico a Jacques, más preocupado que nunca.

—Llévame al *Laurel Club*, Jacques —le ordené—. Y mientras yo trato de hablar con cierta cantante o bailarina, puedes largarte a ver si el taxista del «Austin» ha vuelto a su casa.

El *Laurel Club* no destacaba en ningún aspecto de tantos otros locales de la misma especie y categoría. Algunas bellezas profesionales alternaban con la clientela y la orquesta trataba de animar el ambiente consiguiéndolo a duras penas.

Eché el guante a un apresurado camarero y lo empujé a un rincón. Para calmar su naciente alarma le mostré un par de dólares bien doblados.

—Hay aquí una bailarina cuyo nombre es Fenton —dije—. Quiero verla. Se embolsó los dólares y aclaró:

—Supongo que se trata de Joyce… Creo que su apellido es ése.

—*Okey*, supongamos que es la misma. ¿Dónde está ahora? Miró su reloj de pulsera.

—Es temprano para ella…, tal vez esté en su camerino, pero lo dudo.

—Guíame hasta el camerino. Si no está la esperaré.

Obedeció a regañadientes. El camerino olía a cremas de maquillaje, perfumes fuertes y penetrantes y creo que también un poco a sudor. La bailarina no estaba allí, de manera que me acomodé en una silla y me dispuse a esperar pacientemente.

Estaba por la mitad de mi segundo cigarrillo, cuando se abrió la puerta y entró Joyce Fenton. No me descubrió basta que hubo

cerrado. Entonces exclamó:

—Empezamos pronto esta noche. ¿Qué demonios hace usted aquí?

Estudié sus facciones. No cabía duda que era una mujer espectacular en todos los aspectos, tanto en sus ojos como en cada una de las rotundas curvas de su cuerpo. Poseía un aire lánguido, tal vez adquirido a fuerza de actuar en esas danzas sensuales que enardecen a la clientela.

Pero lo que me interesó fue la amarga expresión de su cara y la sospechosa humedad de sus ojos.

—Siéntese —le dije—, tenemos mucho que hablar usted y yo.

—No será esta noche. No estoy de humor…

—¿A causa de la muerte de Jerry Mulligan tal vez?

Ahogó una exclamación. Necesitó sentarse para no acusar tanto el temblor de sus miembros.

—Usted…, usted no es policía —balbuceó—. Es americano…

—De Los Ángeles.

—¡Oh!

Un ramalazo de pánico pasó por su mirada.

—¿De qué tiene miedo, Joyce?

—No tengo miedo… es sólo que Jerry hablaba algunas veces de sus enemigos…

—Y usted cree que yo soy uno de ellos.

—Pudiera serlo.

—Y también podría ser el que lo ha matado, ¿no es cierto? Asintió con un gesto al fallarle la voz.

—Supongo que debo llamarla señora Mulligan, Joyce. ¿O no estaban casados todavía?

—Nos casamos en secreto hace una semana —confesó.

—Ya veo.

Saqué los dos pasajes de avión y se los mostré.

—Estaban en la chaqueta de Jerry —dije—. El asesino no se molestó en ponérsela al cadáver cuando se lo llevó.

Los tomó con dedos temblorosos. Al ver el suyo estalló en llanto y durante unos minutos no hubo manera de arrancarle una palabra.

Cuando consiguió calmarse explicó:

—Jerry me lo dijo…, pero casi no me atreví a creer que fuera cierto… Yo sabía que no era bueno, que mucha gente le odiaba…,

pero él fue el único hombre que se enamoró verdaderamente de mí hasta el extremo de darme su nombre… Podíamos haber sido felices todavía…

—Seguro.

—Y usted, ¿quién es?

—Tenía que ponerme en contacto con él. ¿Le habló de un mensajero de Los Ángeles?

—¡Oh, sí! Dijo que iban a traerle mucho dinero…

—Yo sólo estaba autorizado a hacerle una oferta. El dinero llegaría después, una vez concertado el trato.

Me examinó concienzudamente.

—Usted trabajó para los hombres de Los Ángeles —murmuró al fin otra vez inquieta.

—Me pagan para venir aquí y discutir con Mulligan. Soy un detective privado, no un pistolero como parece desprenderse del temor que le inspiro.

—¿Y pudo usted hablar con Jerry?

—Sólo por teléfono. Me citó en *Sutton House*, pero cuando llegué ya estaba muerto.

—¿Qué? Pero si el periódico dice que lo arrojaron al mar…

Estaba desconcertada. Le expliqué lo sucedido en mis dos visitas a aquella casa y eso acabó de horrorizarla. Estuve por creer que amaba realmente al retorcido individuo que tanto éxito obtuvo con las mujeres.

Decidí tantear el terreno que me interesaba.

—Escúcheme bien, Joyce —empecé—, si Jerry se casó con usted, debió ponerla al corriente de sus asuntos privados. ¿No es cierto?

—No… Era muy reservado sobre sus cosas. Apenas si alguna vez me habló de sus viajes a Brasil…

—¿También le contó sus andanzas en Colombia? Asintió con un gesto. Luego murmuró:

—No fue la suya una existencia pacífica.

—El tenía cierto paquete guardado en alguna parte. Era a cambio de él que los hombres de Los Ángeles estaban dispuestos a pagarle una fortuna. ¿Sabe usted algo de eso?

—¿Un paquete? No…, ¿qué es lo que hay en él que sea tan valioso?

—No tengo la menor idea. Trate de recordar, Joyce. Ahora es usted la viuda de Mulligan. Cualquier pertenencia suya pasa automáticamente a su poder. La misma oferta que estaba autorizado a presentar a Jerry es válida para usted si localiza esa mercancía.

—¡Pero es que no lo sé! Santo cielo… conseguir una fortuna, poder librarme de este ambiente.

—Piénselo…, ¿qué le contó Mulligan de su proyectado viaje?

—Sólo me dijo que nos marcharíamos de aquí tan pronto consiguiera ese dinero que iban a mandarle de Los Ángeles a cambio de cierta información. Después volaríamos a Nueva York. Allí nos cambiaríamos de nombre para romper con todo nuestro pasado y empezaríamos de nuevo, juntos…

—Siga —le insté cuando su voz se quebró.

—Lo único que sé es que, realizado todo esto, Jerry pensaba hacer un viaje de ida y vuelta a alguna parte. Es todo lo que me dijo sobre sus planes.

—¿Y no tiene usted ningún indicio que nos aclare a dónde pensaba dirigirse?

—No, en absoluto. ¿Cree usted que lo mataron a causa de ese paquete o lo que sea que contiene?

—Tal vez, pero si es así, le garantizo que no han sido los hombres a los que él temía. Éstos se limitaron a contratarme a mí para que llevase las negociaciones adelante. No se atrevieron a realizar la operación personalmente porque son tipos muy conocidos de la policía y sus viajes despertarían la curiosidad de las autoridades.

—Comprendo…

—No creo que lo comprenda. Hay otras personas mezcladas en este asunto. También ellas van detrás de ese botín, aunque maldito si sé cómo llegaron a conocer su existencia.

—¿Qué puedo hacer *yo* por ayudarle, míster…?

—Beeler, Frank Beeler —le aclaré—, en cuanto a su pregunta no creo que pueda hacer mucho. Yo registré *Sutton House* de arriba abajo, y también la casa de la ciudad. No encontré nada de interés excepto esos pasajes y algunas cosas sin aparente conexión con lo que me trajo a la isla.

—Lo siento. ¿Cree que debo presentarme a las autoridades? Tengo tanto miedo…

—Nada debe temer. Tiene que presentarse cuanto antes o en caso contrario sí que se convertirá en sospechosa. Además, lo que hay en la casa le pertenece sin discusión posible.

—Sí, tiene razón.

—A propósito —exclamé de repente—. Cuando revisé todos los papeles de Jerry Mulligan no encontré la licencia de matrimonio, ni siquiera una copia de la misma. ¿Es que se les extravió?

—La guardo en mi apartamiento. Jerry quiso que estuviera en mi poder, la metió en un sobre y me la entregó. Creo que fue… no sé cómo decirlo, una delicadeza de su parte.

—Posiblemente…, pero es mi última oportunidad —rezongué entre dientes.

—¿Una oportunidad?

—Joyce, ¿ha sacado usted la licencia del sobre desde que está en su poder?

—No, ¿por qué tenía que hacerlo? Yo sé perfectamente lo que hay escrito en ella…

—¿Podemos ir a su apartamiento en un momento para echar un vistazo a ese sobre?

Después volveré a acompañarla aquí en un taxi.

Miró su reloj y frunció el ceño.

—Tendría el tiempo muy justo…

—No importa, no creo que le reprochen si llega unos minutos tarde…

Se decidió. Secó sus lágrimas y ambos nos encaminamos a la salida. Mientras buscábamos un taxi me dije que si eso también fallaba, podía considerarme fracasado y regresar a casa lo antes posible. El asesinato estaba fuera de mis atribuciones.

Finalmente pudimos tomar un taxi y durante el trayecto ella se abstuvo de hablar, sumida en sus amargos pensamientos. Por mi parte tampoco sentía deseos de charlar, sin embargo a medida que el coche avanzaba por las estrechas calles de aquel barrio extremo sentía crecer la convicción de que finalmente había acertado con la verdadera pista. Era forzoso que Mulligan hubiese dejado anotado su secreto, aunque sólo fuera para que en caso de apuro su flamante esposa pudiera seguir adelante con sus planes.

El taxista quedó encantado cuando le di la orden de aguardar en la calle. Nosotros nos encaramamos por una empinada escalera

hasta el apartamiento de la muchacha. Una vez más admiró su incitante figura y la manera experimentada que tenía de ponerla de manifiesto. Era una lástima que una mujer como aquélla hubiera visto truncados sus sueños de felicidad de manera tan brutal.

—Es sólo un minuto —murmuró—, los tengo en la cómoda.

Impaciente, casi le arrebaté el sobre de las manos cuando lo sacó de su escondrijo.

La licencia matrimonial estaba en regla, perfectamente legalizada y firmada. Sentí que algo se hundía bajo mis pies cuando comprobé que el documento era cuanto contenía el sobre.

—Ya me parecía a mí que no habría nada —suspiró, resignadamente.

Desalentado, me dejé caer en una silla con el grueso pliego en la mano, mirándolo como si esperase de él una respuesta a mi fracaso.

Inconscientemente, leí lo que el juez había escrito con una letra rígida y picuda; los nombres de los contrayentes, el día y la hora, el lugar y las filiaciones de los testigos, el número del registro y el folio en que habían sido inscrito, y aquella anotación final, casi bajo la línea de puntos…

De repente me enderecé de un brinco.

—¿Qué demonios significa eso? —exclamé, extrañado.

Joyce se inclinó sobre mi hombro. Su penetrante perfume penetró por mi nariz envolviéndome en un sensual hechizo. Pero había algo más importante delante de mis narices que un problemático sueño amoroso.

—¿Es que no está en regla? —balbuceó la muchacha.

—Sí, todo es perfectamente legal. Pero ¿qué quieren decir estas cifras? Las leyó en voz alta:

—*«Blue Duke, uno, tres, seis doble»…* Que cosa más rara…

—¿Qué significa *Blue Duke* para usted, Joyce? —la apremié.

—Nada en absoluto. Jamás he oído ese nombre.

—Parece la denominación de un club nocturno o algo semejante, ¿no cree?

—Estoy segura que no hay ninguno con ese nombre en las Bahamas. He actuado en cada una de las islas.

Copié el extraño jeroglífico y le devolví la licencia, que ella guardó amorosamente. Tras esto volvimos al taxi emprendiendo el regreso al *cabaret*.

—¿De quién partió la idea de casarse en un pueblo perdido al otro lado de la isla?

—Bueno, queríamos que la boda fuera secreta. Jerry estaba en tratos para conseguir todo ese dinero y si se descubría que pensábamos marcharnos podían surgir muchas dificultades.

—De manera que la idea fue de Mulligan.

—Sí.

—Y también quiso que la ceremonia constituyera un secreto absoluto.

—Ya le he expuesto nuestras razones.

—Diga más bien las razones de él —rectifiqué—; unas razones un tanto absurdas si tenemos en cuenta que el propio Mulligan habló de su inmediata prosperidad con sus acreedores, sólo para calmarlos.

—¿Jerry hizo eso? —exclamó, atónita—. No lo creo, míster Beeler; tenía sumo interés en que nadie más que nosotros lo supiera…

—Mulligan bebía mucho, y cuando soltaba la lengua no podía frenarla luego. Además, es cierto que algunos de sus acreedores estaban enterados de lo que tramaba respecto a esas negociaciones conmigo. Eso es lo que me choca de su insistencia en celebrar la ceremonia en secreto y en un lugar tan apartado…

De repente, la muchacha me agarró del brazo. Sus dedos se hincaron en mi piel hasta casi atravesarla.

—¿Pretende insinuar que me engañó, míster Beeler? —gimió.

—No he dicho eso… Posiblemente Jerry estaba enamorado de usted, de lo contrario no se hubiera casado… Sin embargo, es muy posible que quisiera combinar el amor con la seguridad de su negocio… ¿Cuándo se tarda en llegar a ese pueblo?

—No lo sé… no me fijé cuando hicimos el recorrido. Es una carretera mala y muy sinuosa, pero yo diría que unas tres horas o poco más. ¿Piensa ir allá?

—Seguro. Me intriga ese *Blue Duke,* sea lo que fuere.

El taxi se detuvo. Quedamos mirándonos unos segundos. Su mirada estaba empañada por las lágrimas.

—Tengo que entrar —murmuró—. Gracias por traerme los pasajes, míster Beeler… y por sus palabras.

Se inclinó y me besó en los labios. Después salió del taxi y se

perdió de vista al entrar en el local.

Pagué la carrera. El taxi se alejó y me quedé solo en la oscura acera. La luz rojiza del *cabaret* teñía aquel trozo de calle con tintes siniestros. Encendí un cigarrillo, aspiré el humo y entonces una voz ordenó detrás de mí:

—No se mueva, Beeler, o será su funeral.

Reconocí la voz y me volví despacio, con las manos separadas del cuerpo ostensiblemente.

—Volvemos a encontrarnos, grandullón —le espeté—. Lo siento por usted.

Tuve la satisfacción de advertir que hablaba como si tuvierala boca llena. En realidad, se debía a que le faltaban algunos dientes y sus labios estaban tumefactos. También en la cara mostraba las huellas de los golpes recibidos.

Pero empuñaba una pistola automática de gran calibre y eso le hacía sentirse el amo del mundo.

—Eche a andar hacia aquella esquina, hijo de perra. ¿Ha averiguado lo que deseaba con esa fulana?

—Tienes un lenguaje tan repugnante como tu cara…, habrá que hacer algo para modificar eso.

—¡Vamos, andando!

No me moví y seguí fumando. Pero a pesar de mi aparente firmeza estaba asustado. Aquel energúmeno era muy capaz de emprenderla a tiros en plena calle y yo no veía la manera de librarme de su amenaza.

Entonces avanzó un paso.

—Te enseñaré a obedecer —masculló.

Levantó la pistola. Eso es algo que jamás debió haber hecho estando cara a cara con su enemigo. Pegué un salto y mi pie derecho se incrustó en su estómago. Aproveché el impulso del golpe para dar una voltereta y escapar así al impacto de la automática que descendía igual que una maza. El aire silbó por la fuerza del movimiento, pero eso quedó ahogado por el alarido de dolor del matón.

Giré sobre mí mismo en la acera y me levanté de un brinco. Cuando mis pies se afianzaron en el suelo ya tenía mi «38» en la mano. Le asesté un mazazo con el cañón en la muñeca armada. Un hueso hizo un ruido raro y el hombretón comenzó a aullar

salvajemente, sosteniéndose la muñeca con la mano izquierda. La automática rebotó en el suelo y me apresuré a apoderarme de ella.

—Como sigas así acabarás lisiado, maldito estúpido —le dije amablemente—. Y ahora veamos dónde tienes a tu linda *partenaire*. No me salgas con que está en otra residencia femenina porque tendré que llamarte embustero.

—Le mataré sólo por ese golpe, bastardo del demonio… Le mataré aunque ella se oponga…

—Así que la apetecible Myrna se opone a que haya sangre. Buena chica. Veamos ahora dónde está.

—En el coche…

—Hasta tienes un coche, ¿eh? Vaya una organización… Andando, tipo listo, vamos a dar un vistazo. Y piensa en el cañón que tienes apuntado a los riñones antes de iniciar nada.

Anduvimos un centenar de metros. A cierta distancia de un farol amarillento había un coche estacionado junto a la acera. Se abrió la portezuela cuando nos acercamos y Myrna saltó al suelo.

—Hola, querida —dije, burlón.

Una expresión de estupor afeó su rostro encantador al ver que quien estaba en mal estado era el gorila.

—Jim… —balbuceó—. Te he dicho que nada de violencias…

—Debió dárselo por escrito —le reproché—. ¿Qué es ese pedazo de bruto para usted y qué pinta en este juego?

—Es mi hermano.

La revelación me dejó mudo. Para acabar de desconcertarme la muchacha murmuró:

—Ya estoy harta, Jim… Vamos a abandonar esa locura de una vez. Nunca debimos empezar.

—Eso me parece sensato —gruñí—. Tal vez ahora alguien se decida a hablar, ¿eh, chicos?

El gigantón estaba demasiado ocupado sosteniéndose la muñeca para pronunciar una sola palabra. Pero la hermosa muchacha suspiró:

—Sí, me siento rendida… con los nervios deshechos. Se lo contaré todo, Frank.

—Afortunadamente no ha olvidado mi nombre, querida. Pero Jim tenía otras ideas y exclamó:

—¡Tú no dirás una palabra, maldita mocosa! Eso es algo que nos

pertenece a nosotros_ ¿no es así? Papá lo dijo incluso cuando estaba muriéndose. No vas a echarlo todo a perder porque ese tipo se haya interpuesto entre nosotros.

—¿Cómo entre nosotros? —estalló Myrna.

—¿Crees que soy ciego? Sólo te has preocupado de que no le sucediera ningún daño…

He tenido que hacerlo a mi manera, sino…

—Pues te has lucido, compañero —me burlé—. Un poco más y acabas en el hospital. Y ahora veamos qué demonios ha armado todo este alboroto. Myrna tragó aire y después soltó de un tirón:

—Mulligan conservaba en su poder un paquete de esmeraldas valorado en un millón de dólares.

No me caí de espaldas porque el mismo asombro me clavó en la acera. Entonces llegó Jacques y las cosas se complicaron.

CAPÍTULO IX

Reconocí su coche cuando se acercó a la entrada del *cabaret*. Lo vi maniobrar y detenerse al fin. Jacques saltó al suelo como si alguien le persiguiera y echó a correr hacia la entrada.

—¡Eh, Jacques! —grité.

Se detuvo, miró hacia donde estábamos y trotó hacía nosotros, jadeaba cuando se detuvo y balbuceó:

—¡Muerto…!

—¿De qué estás hablando?

—El taxista…, el del «Austin»…, muerto.

—¡Condenación! ¿No puedes hablar con sentido común? Bufó y engulló aire. Después explicó:

—Esta noche, cuando volvía a su casa… Le han disparado un tiro en una esquina.

Cuando la gente ha salido de sus casas sólo han encontrado el cadáver…

Sentí una corriente de hielo a lo largo de la espina dorsal. Con voz que apenas si reconocí yo mismo dije:

—Eso debí preverlo… y lo habría evitado. He sido un estúpido.

—¿Qué está diciendo, patrón? Usted no podía saber…

—Un momento —rugió el gigantón, olvidándose por un instante de su lacerada muñeca—. ¿De qué nuevo asesinato están hablando?

—Del taxista que llevó a su hermana a *Sutton House*. Lo han asesinado esta noche. Myrna gimió, aterrada. El grandote cerró la boca y se quedó aplanado bajo la noticia.

Me desentendí de ellos y le pregunté a Jacques:

—¿Cuánto lardaríamos en llegar a Ensenada?

—¿Ahora?

—Sí.

—Bueno…, pongamos tres horas, y tendríamos que correr.

—Correremos. Y ustedes dos vendrán conmigo —les advertí a los hermanos—. No quiero perderlos de vista nuevamente.

Ni siquiera protestaron. Únicamente Jim se lamentó:

—Necesito un médico para que arregle mi muñeca…

—Eso puede esperar, no creo que la pierda por el camino. Vamos, hablaremos durante el viaje.

Pero ninguno dijo una palabra hasta que rodamos en plena carretera, una ruta que se encaramaba a las montañas bordeando profundos precipicios que gracias a la oscuridad no se distinguían con detalle, cosa que siempre resultaba un consuelo dada la velocidad a que Jacques conducía.

De repente, éste gruñó:

—Le apuesto que Gilbert se quedó allí para espiar a la señorita.

—¿De qué estás hablando?

—Una vecina me ha dicho que era un tipo degenerado, sucio y fisgón…

—Ya veo. Pensó que Myrna acudía a *Sutton House* para una entrevista amorosa y escondió el coche para atisbar por una ventana. ¿Es eso lo que quieres dar a entender?

—Sí.

—Myrna, ¿cómo había pensado regresar después de la entrevista con Mulligan?

—El me dijo por teléfono que me llevaría de vuelta en su coche. Tenía que asistir a una cita aquella noche.

—Comprendo. Y ese condenado taxista contempló todo el jaleo, me vio llegar a mí y cómo usted escapaba y lodo lo que nosotros hicimos después. No se atrevió a asomar las narices y continuó allí agazapado… y así pudo ver al asesino.

—Pero ¿cómo pudo ver al criminal si cuando yo llegué ya no estaba en la casa? —balbuceó Myrna.

—¡Oh, sí estaba! —exclamé—. Primero debió esconderse esperando que usted saldría de estampida cuando viera el cadáver. Después, cuando las cosas se le complicaron, retrocedió hacia la salida trasera y se metió entre las plantas, no saliendo hasta que nos marchamos Jacques y yo. Y entonces el otro taxista pudo seguir el espionaje y descubrir la identidad del individuo. Apuesto que vio incluso como se llevaba el cadáver…

—Si eso fue así —murmuró Myrna, aturdida—, el criminal debió descubrir a aquel hombre a su vez para que ahora le haya matado.

—No. El estúpido taxista pensó aprovecharse de la situación. Regresó a su casa, y por la mañana ni siquiera sacó el taxi. Su intención evidente debió ser la de exprimir al criminal… y no pensó que el que mata una vez ya no se detiene luego.

—¡Chantaje! —exclamó Jacques, volviendo la cabeza.

—Eso es, pero no quites el ojo de la carretera o amaneceremos hechos puré en uno de esos barrancos.

Jim gruñó:

—Todo eso está muy bien, Beeler, y doy por sentado que haya acertado, pero seguimos sin saber quién es el criminal.

—Bueno —dije con calma—; eso es algo que sólo concierne a la policía, pero ya que estamos metidos en el embrollo, grandullón, le diré que yo sí sé quién es el asesino.

Myrna no pudo contener una exclamación y Jacques por poco no perdió el control del coche. Jim refunfuñó algo entre dientes y optó por ocuparse exclusivamente de su maltratada muñeca.

Tardamos casi dos horas en coronar las cumbres. Luego, Jacques lanzó el auto de manera temeraria por la pendiente carretera y se puso a silbar muy quedo. No quise ni mirar por la ventanilla.

En lugar de eso alargué la mano y apresé la de Myrna.

—Cuéntame ahora eso de las esmeraldas, linda. Desde el principio, por favor…

Ella se removió, inquieta, pero no separó su mano de la mía. Sentí el ligero apretón instintivo con que me obsequió. Era una delicia sentir su piel suave dentro de mi mano.

Jim gruñó:

—Ya que has empezado puedes acabar de soltarlo todo. Ojalá te hubiese dejado en casa…

Después de otro silencio, y cuando presioné sus dedos suavemente, la muchacha habló con voz queda:

—Papá permaneció muchos años en Colombia. Trabajó en la búsqueda de esmeraldas, de las que el Gobierno se apodera tan pronto son extraídas para controlar el precio mundial de esas gemas. Pero papá guardó para sí las más hermosas que descubrió, entregando siempre suficientes para que nadie pudiera sospechar.

—¿Y cómo pensaba sacarlas del país?

—No lo sé, pero siempre hay quien logra sacarlas. Reunió alrededor de un millón de dólares en esmeraldas y preparó todo para abandonar Colombia con su botín. No consideraba que aquello fuera un delito…

—Y no lo era en absoluto —estalló Jim—. Eran suyas y bien suyas. No dije nada y Myrna prosiguió:

—Fue al atravesar la frontera que se tropezó con Mulligan y dos compañeros de éste. Hicieron beber a papá y lograron averiguar su secreto. Aquella misma noche le robaron las esmeraldas y huyeron, dejándolo herido en una choza.

—Ajá —exclamé—. Creo que ya adivinó el resto.

—Es fácil de suponer —dijo Myrna—. Mulligan engañó a sus cómplices y se esfumó con todo el lote. Pero los demás hicieron llegar una denuncia al Gobierno colombiano y Mulligan encontró grandes dificultades para deshacerse de su fortuna, de manera que optó por guardarla en lugar seguro en espera de que se olvidase el asunto y él pudiera poner las gemas en circulación a pequeños lotes.

—Y descubrieron su paradero y me mandaron a mí para evitar sospechas en la policía.

Okey —exclamé, satisfecho—. Valientes bastardos…

—Por lo menos —rezongó el grandullón—, ahora se dará cuenta que nosotros somos los únicos que tenemos derecho a esas piedras…

—Eso es muy discutible, pero no me concierne a mí… Pero me gustaría saber qué se proponen hacer si consiguen el lote de pedruscos. ¿Creen que podrán ponerlo a la venta?

Los dedos de Myrna temblaron dentro de los míos. Jim gruñó:

—Ya me las apañaré.

—Narices.

—¿Qué?

—Le echarían el guante al primer intento. Se necesita una formidable organización para conseguir vender semejante paquete. Sin embargo, yo tengo una idea que tal vez les guste.

Ambos se enderezaron. Myrna murmuró:

—No más riesgos, Frank…

—Nada de riesgos. La oferta que yo tenía que hacerle a Mulligan era de trescientos cincuenta mil dólares. Si se ponía terco podía llegar hasta cuatrocientos mil. A los dos tipos de Los Ángeles les

quedaban todavía seiscientos mil para repartir. *Okey*, yo me encargo de que el trato se cierre con ustedes en lugar de Mulligan. A ellos no les importará, además, tampoco les diré con quienes tratan.

—Eso sería maravilloso —susurró Myrna.

—¿Y qué bocado se reserva para usted, tipo listo?

—Yo cobro cinco mil dólares más los gastos por ese trabajo, de manera que ésta es mi tarifa. Pero hay la viuda de Mulligan por en medio y deberían darle una parte a ella.

Ambos quedaron estupefactos.

—¿Mulligan estaba casado? —balbuceó Myrna.

—Sí.

—¿Y qué nos importa a nosotros la viuda? —estalló el gigantón.

—Me importa a mí. O hay una parte para ella o no me meto en esto. Usted terminará en la cárcel y esas esmeraldas irán a parar al bolsillo de algún politicastro de Sud América. Decídase ahora, Jim, porque después será demasiado tarde.

No necesitaron pensarlo mucho. Entonces me incliné sobre el hombro de Jacques y le espeté:

—¿Qué significa para ti *Blue Duke*?

—Caray, el brujo.

—¿Qué brujo?

—Una especie de atracción para los turistas que vive en algo así como un templo a una milla de Ensenada. Realiza pinturas horribles de sus divinidades y los papanatas se las compran. También vende objetos típicos, y se adorna con los atributos de su rango.

Se echó a reír. Yo dije:

—Ahora ya sé dónde están las esmeraldas, chicos.

La única reacción la acusaron los suaves dedos de Myrna. Los acaricié y deseé encontrarme lejos de allí y a solas con ella.

Capítulo X

El tal brujo era un esperpento multicolor y repelente, pero no cabía la menor duda que tanto su atuendo como lo que le rodeaba en su especie de templo era auténtico. Incluso los fetiches *Vudu* tenían ese aspecto horripilante de las sugerencias maléficas.

El hombre nos aventó con una serpiente disecada y gritó una sarta de denuestos contra nosotros por molestarle a semejantes horas. No obstante su boca se cerró herméticamente cuando vio el billete de cinco dólares. Y nos colmó de bendiciones mágicas al enterarse de que a cambio de los cinco pavos no queríamos nada de cuanto atesoraba en su covacha, tan sólo echar un vistazo al decorado y los alrededores.

Tan pronto quedó enterado de semejante ganga, se acurrucó sobre una estera, cerró los ojos, y abandonó su reino a nuestra curiosidad.

En mi mente seguía repitiéndome la extraña inscripción:

«Blue Duke, uno, tres, seis doble»

Sin embargo, no fue hasta que inspeccioné los alrededores de lo que llamaban pomposamente templo que descubrí la verdad.

Había una serie de ídolos horrorosos plantados en la tierra. Estaban tallados en madera ennegrecida y ni los mismísimos diablos podían ser tan espeluznantes.

Puestos en fila y a poca distancia unos de otros, de trecho en trecho formaban figuras en grupo. El primero estaba aislado, el segundo quedaba fuera de la línea, pero no así el tercero que volvía a estar alineado con el primero. El quinto era una especie de animal mitológico mitad cocodrilo y mitad ave de rapiña con afiladas

garras y quedaba alejado de los demás.

El sexto estaba formado por dos figuras plantadas juntas, con una distancia en la base de unas cinco o seis pulgadas.

Seis doble.

Llamé a Jacques y le ordené vigilar al brujo. Entonces saqué el cuchillo que había pertenecido a Jim y comencé a escarbar en la base de los dos ídolos.

Fue preciso escarbar más de lo que imaginaba, pero al fin desenterré un envoltorio protegido por una bolsa de grueso plástico. Con el tesoro en mi poder arreglé el hoyo, aplané la tierra y llamando a Jacques y a los hermanos me alejé de allí apresuradamente.

Sólo cuando corríamos de regreso a la ciudad echamos un vistazo a nuestro botín. Bien, ninguno de nosotros entendía mucho de aquello, pero la vista de las gemas nos dejó mudos de estupor.

—Y ahora mantengan la boca cerrada —les recomendé a los dos jóvenes—. Yo manejaré este asunto hasta el final y todo saldrá bien. ¿Cuánto piensan ceder a la viuda?

Fue Jim quien gruñó:

—Si saca usted cuatrocientos de los grandes puede contar con cien para ella.

Sentí tentaciones de abrazarlo. Me contenté con rodear los hombros de Myrna con mi brazo y sentir el calor de su cuerpo junto al mío.

El trayecto transcurrió en silencio, pero cuando nos detuvimos cerca de mi hotel, Jacques y el gigantón saltaron fuera del coche como obedeciendo una consigna.

Entonces dije:

—¿Me tomarás por un cazadotes si te doy un beso, linda?

—Tal vez.

—Voy a probar.

Y probé. Fue un beso que estuvo a punto de volverme loco. Su boca era un torrente de fuego, y yo no necesitaba tanto para sentirme abrasado.

Sólo la presencia de los dos hombres a escasos pasos de distancia hizo que el fuego se apaciguara.

Me despedí de Myrna y de su hermano. Antes de alejarse, y sin

preocuparse por la proximidad de los dos, Myrna se empinó sobre sus pies y me besó fugazmente. Fue suficiente para renovar el incendio, aunque se marchó al instante y me quedó sumido en una especie de éxtasis.

—Bueno, patrón, ¿qué hacemos ahora? Sigo sin comprender este embrollo, pero la chica sí lo entiende, ¿eh?

—Seguro. Vamos a casa de míster Nutting, Jacques. Después de eso habremos terminado.

—¿A estas horas? Nos soltarán los perros.

—Te apuesto que no.

Si él hubiese aceptado la apuesta habría tenido que pagar. No nos soltaron los perros, y Randolph Nutting me recibió enfundado en una bata de seda negra que alargaba su altiva figura.

—Para que se atreva a presentarse a esta hora, Beeler, debe tener usted algo muy importante en la mente.

—Tan importante como la solución de dos asesinatos, Nutting.

No se alteró mucho. Perdió un poco de color y escondió las manos en los bolsillos de su bata.

—¿Qué clase de solución. Beeler?

—La única que existe.

—Supongo que ofrecerle una fuerte suma no serviría de mucho…

—Así es.

Suspiró. Luego murmuró:

—Debí suponer que usted lo comprendería. Aquella maldita escena que Jane representó…

—Ayudó mucho, naturalmente.

—¿Qué va a hacer con lo que sabe? Imagino que comprende su situación… podría impedirle salir de aquí… con esto.

Sacó la mano del bolsillo. Empuñaba un revólver de cañón corto de fabricación europea.

—Pero usted no hará nada de eso, Nutting —le dije con calina —. Ya se ha vertido demasiada sangre, ¿no cree? Usted no es un cualquiera. La misma orgullosa nobleza que le ha obligado a obrar debe empujarle ahora a terminar con este desagradable asunto.

—Creo que tiene razón… ¿Cómo sospechó de Jane?

—Encontré una fotografía de ella en poder de Mulligan. Contenía una dedicatoria muy expresiva y me dio que pensar.

Después supe que Mulligan pensaba abandonar la isla dentro de poco en compañía de una mujer que llevaba su nombre. Descubrí también que esa mujer no era su esposa, Nutting, sino la que se había casado en secreto con Mulligan.

Asintió con un gesto y apretó las mandíbulas.

—Era un cerdo —rezongó.

No hice caso del comentario y añadí:

—Su esposa _ Nutting, estaba ciega por ese tipo, tal vez porque él le ofrecía la excitación, el misterio y el riesgo que aquí no encontró jamás. Cuando supo que se había reído de ella, después de haber arrostrado las consecuencias de su pasión, perdió la cabeza y lo mató. Supongo que fue a pie hasta *Sutton House*, ¿no es cierto?

—Acierta una vez más. Y yo la seguí creyendo que se trataba de otra cita amorosa… Por eso había telefoneado antes al club, pero a pesar de saber que yo no estaba allí decidió correr el riesgo.

—Efectivamente. Todo sucedió con tal rapidez que usted no pudo impedirlo. La dejó que huyera, y en su desesperación se propuso proteger a su esposa y a su nombre…

—Es cierto también. Calculé el escándalo antes de pensar en ella, ésa es la verdad. No obstante, la hubiese protegido hasta el final si ella no hubiera volcado todo su odio contra mí.

—Ya veo.

—Me di cuenta aquella noche que habló con usted. Actuó con la frialdad de una serpiente… acusándome de su crimen, queriendo cargar sus culpas sobre mí para verme humillado y deshonrado…, eso acabó con los restos de mi consideración por ella.

—Y entonces surgió el chantajista.

—¿Es necesario que hablemos de eso? —se lamentó.

—No, realmente ya no importa. ¿Quiere darme ese revólver, Nutting?

Miró el arma como si no supiera que la tenía en la mano. Lentamente, levantó el brazo y el revólver pasó a mi poder.

—¿Es el que utilizó con el taxista?

—No, aquél está en el mar.

—Ya veo. Creo que es preferible que sea usted quien llame a la policía, o se presente a ellos. Eso evitará parte de la publicidad.

—Sí…

Se dirigió al teléfono. Cuando levantó el auricular me miró y

dijo con una pálida sonrisa:

—A pesar de todo, Beeler, es usted un maldito *yanky*.

—Seguro.

Marcó el número muy despacio. Todavía gruñó:

—Sin embargo, me gusta… es el primer *yanky* que se porta como un *gentleman*…

Le respondieron desde la jefatura de policía. Abandoné el salón silenciosamente mientras él comenzaba a hablar.

Brillaba una enorme luna en el cielo y millares de estrellas parpadeaban en el infinito convirtiendo el firmamento en un espectáculo maravilloso.

Jacques me sacó de mi abstracción cuando inquirió:

—¿Al hotel, patrón?

—Sí…, pero vamos a acercarnos primero a la costa.

Me llevó hasta el borde del mar. La carretera quedaba sobre unas rocas. Desde allí arrojé mi botín de armas a las quietas aguas. El revólver de Myrna, el de Nutting; el cuchillo de Jim…, la automática de éste…

Después de arrojar todo ese lastre emprendí el regreso al hotel.

No pensé en las esmeraldas. Mi mente estaba invadida por la imagen de Myrna. El sabor de sus labios revivió en los míos.

Al día siguiente volvería a sentirlos y de nueva sus besos estallarían como llamaradas… Al día siguiente…

Pero aquella condenada noche, o lo que de ella quejaba, se me antojó eterna.

FIN



José María Lliró Olivé es un escritor español autor de innumerables novelas pulp.

Novelista de variados registros, durante la dictadura franquista convirtió la novela de bolsillo en «novela de acción reportaje», narrando en forma de ficción, los acontecimientos reales que sucedían en Barcelona, durante tiempos de brutal represión y feroz propaganda.

Utilizó los
ALIAS:

- Buck Billings.
- Burton Hare.
- Clark Forrest.
- Delano Dixel.
- Gordon Lumas (a veces, Gordon C. Lumas) (para las novelas del oeste).
- Marcel D'Isard.
- Max (a veces, Mike) Cameron (en terror y policiaco).
- Mike Shane.

- Milly Benton.
- Ray Brady.
- Ray Simmons (a veces, Simmonds)
- Ricky C. Lambert.
- Sam M.